



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Sociología

Transformaciones del espacio urbano en la posmodernidad
Una teorización sobre su componente estético

Memoria para optar al título de socióloga

Tesista: Andrea Murden Suárez
Profesor: Nicolás Angelcos

Noviembre de 2018

Índice

Resumen	4
Introducción	5
I. De la modernidad a la posmodernidad: los cambios que sientan las bases del espacio urbano contemporáneo	13
1. Modernidad: una introducción a su relación con el espacio y la ciudad.....	13
2. Posmodernidad y más allá: las formas de nombrar y caracterizar la época contemporánea	23
II. Las transformaciones del espacio urbano en la posmodernidad o el espacio como categoría de análisis de la época actual	38
1. Espacio como producto social y pieza clave del desarrollo del capitalismo tardío	40
2. Principales transformaciones y rasgos del espacio urbano contemporáneo.....	46
III. Trayectorias, imágenes y partición. Una propuesta para interpretar las transformaciones espaciales desde una dimensión estética	56
1. Trayectorias	57
2. Imágenes.....	63
3. Partición	67
Conclusiones	74
Bibliografía	77

Agradecimientos

Quisiera agradecer en primer lugar a Bernardita Suárez, por enseñarme las formas del amor y la dignidad. A Melany Murden, por su presencia firme e incondicional. A Nicolás Angelcos, por su generoso apoyo en la realización de esta tesis, y a Cristóbal Sandoval, por compartirme su luz serena en momentos decisivos.

También quisiera agradecer a personas que, aun quizás sin saberlo, de alguna u otra manera forman parte y me ayudaron a recorrer este largo y sinuoso camino. Muchas gracias a Alejandra, Ingrid, Nicolás, Alberto, Andrés, Martina, Lucas y Enzo.

Este trabajo está dedicado a la memoria de Lelia Escobar, de cuyo nombre se desprende la mayoría de los nombres que amo.

Resumen

En esta memoria se teoriza sobre las características del espacio urbano contemporáneo atendiendo a su componente estético. Específicamente, se argumenta que gran parte de las transformaciones sociales, culturales y económicas ocurridas a nivel mundial en el marco de la denominada posmodernidad se encuentran marcadas por cambios espaciales, y que estos últimos destilan componentes de fuerte carácter estético, abriendo un camino interdisciplinario que combina elementos de la sociología, la geografía social y la teoría del arte. A la luz del trabajo de tres autores contemporáneos, a saber: el sociólogo argentino Esteban Dipaola, el filósofo francés Jacques Rancière y el teórico del arte francés Nicolas Bourriaud, se intenta interpretar desde una (novedosa) dimensión estética las características de la época y espacio urbano actuales.

Palabras clave: espacio urbano, posmodernidad, estética.

Introducción

En la presente investigación se analizan las transformaciones en el espacio urbano ocurridas en el último tiempo a nivel mundial desde una dimensión estética. Más específicamente, atendiendo al trabajo de tres autores contemporáneos, se argumenta la presencia de un componente estético importante en los cambios espaciales sucedidos en el marco de la denominada posmodernidad, abriendo así un campo interdisciplinario para el análisis de problemas asociados a la ciudad o espacio urbano contemporáneo. A continuación introducimos en el problema de investigación y sus objetivos, entregando primeramente los antecedentes del estudio.

Durante la segunda mitad del siglo XX, y especialmente a partir de la década de 1970, es posible identificar un conjunto de transformaciones en el espacio urbano que han dado lugar a un gran desarrollo teórico y análisis multidisciplinario. Si bien desde comienzos del siglo pasado el espacio adquiere relevancia en función del proceso de urbanización que comienzan a experimentar diversas ciudades europeas y norteamericanas, es posible observar que en el contexto de la denominada posmodernidad el espacio urbano no sólo no ha perdido su protagonismo, sino que las transformaciones espaciales inéditas que han tenido lugar en las últimas décadas lo posicionan como una categoría necesaria para el estudio de la época contemporánea.

En la Europa del siglo XIX y comienzos del XX, los cambios espaciales estuvieron vinculados fundamentalmente con el desarrollo y avance de la industria, lo que contribuyó a la configuración de zonas exclusivas para dichas actividades económicas, perfilándose el modelo de lo que se conoce como ciudad industrial. Resultan profundamente novedosos para la época elementos como las máquinas a vapor, las fábricas, las vías férreas, el incipiente avance de las comunicaciones por medio del telégrafo y teléfono, y, por cierto, el crecimiento urbano (Berman, 1989 [1982]: 5). Quizás una de las maneras más representativas para ilustrar la centralidad que adquieren estos cambios en la vida cotidiana de las personas sean las primeras producciones cinematográficas. No por nada el recordado cortometraje estrenado en 1896 de los hermanos Lumière, consista *únicamente* en la llegada de un tren a la estación. Asimismo, películas clásicas como el Acorazado de Potemkin (1925) del cineasta ruso Sergei Eisenstein, y las primeras producciones de Charles Chaplin dan cuenta en gran medida de la inédita experiencia cotidiana

que significó la convivencia con las nuevas máquinas y cómo contribuyeron a cambiar la estructura de la sociedad en su conjunto.

En este contexto, cabe señalar, se distingue un primer conjunto de autores que, en el marco de un estudio macrosocial abordan el espacio urbano de manera tangencial o instrumental para dar cuenta de sus tesis; y un segundo grupo, para quienes la ciudad como tal y especialmente el estilo de vida que se comienza a forjar en ella, se constituye como el núcleo central del estudio. Entre los primeros es posible señalar a los padres de la sociología como Max Weber y Karl Marx, y entre los segundos a Georg Simmel, y los autores de la Escuela Ecológica de Chicago como Robert Ezra Park y Louis Wirth, considerados como los fundadores de la sociología urbana.

De ese modo, la ciudad de Weber se enmarca en el estudio de la racionalización, del poder y la moral económica de algunas religiones, y en el caso de Marx y Engels en relación a la industrialización y el desarrollo de la burguesía (Martínez, 1999, Introducción a Park, 1999 [1925]). Por otro lado, mientras Simmel (2005 [1903]) dirige su atención al estudio de la interacción entre el individuo y la sociedad y la indiferencia que produce la intensa estimulación nerviosa de la ciudad sobre los individuos, los sociólogos de Chicago hunden sus raíces en las teorías darwinistas y spencerianas, y toman elementos de Simmel, desarrollando una teoría sobre la ciudad, en donde se intenta explicar lo social desde una concepción naturalista (Martínez, 1999, Introducción a Park, 1999 [1925]). En estos casos, el estudio se centra en el tipo de vida y sociedad que se forja en los límites (territoriales y conceptuales) de la ciudad, sin poner en cuestión o sin discutir su unidad.

Una de las expresiones de la revolución de la industria, y que promovió todo un modelo económico y productivo fue el fordismo. Este sistema de producción en serie implementado por Henry Ford hacia 1914, es descrito por Gramsci en 1934 como “el esfuerzo colectivo más grande que se ha realizado hasta la fecha para crear, con una velocidad sin precedentes y con una conciencia del objetivo que no tiene parangón en la historia, un nuevo tipo de trabajador y un nuevo tipo de hombre” (citado en Harvey, 1998 [1990]), generando un nuevo tipo de vida. Luego de la Segunda Guerra Mundial, el fordismo se conecta de manera sólida con el keynesianismo instalado posterior a la crisis de 1929, permitiendo que el capitalismo logre expansiones mundiales internacionales (Harvey, 1998 [1990]).

Sin embargo, hacia 1960 se observa un debilitamiento en el sistema fordista evidenciándose algunas crisis y dando lugar a un nuevo modelo económico que David Harvey (1998 [1990]) denomina como acumulación flexible. Ésta surge como una confrontación con el fordismo, intentando superar sus rigideces. Se caracteriza por una flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas de consumo; por la creación de nuevos sectores de producción, servicios financieros y nuevos mercados; y una gran innovación comercial, tecnológica y organizativa. Esto ha generado nuevos conglomerados industriales en regiones subdesarrolladas, y la configuración de un espacio cada vez más amplio y diversificado a través del desarrollo de la comunicación satelital y la reducción en los costos de transporte (Harvey, 1998 [1990]).

En este caso, las empresas empiezan a descomponer sus procesos productivos y a generarse lo que se conoce como externalización. Se ubican fuera de sus ámbitos nacionales originarios y se localizan en grandes áreas urbanas de otros países, generándose así una red global de ciudades. De ese modo, se generan nuevas actividades urbanas: servicios a la producción (financieros, jurídicos, consultorías, etc.); tareas de dirección, gestión, coordinación y control de las filiales de las redes globales; actividades de distribución y comercialización de productos; actividades relacionadas con los negocios inmobiliarios y construcción (De Mattos, 2010).

Se pueden señalar tres tendencias propias de la fase de modernización capitalista que se comenzó a gestar a partir de la crisis del fordismo, en que el espacio ocupa un lugar central (De Mattos, 2007), a saber: el paso de una economía mundial basada en la industria a otra fundamentalmente financiera, en donde el aumento de capital se dirigió en gran parte al sector inmobiliario; el debilitamiento del Estado en la planificación urbana primando un carácter subsidiario; y el avance de una nueva forma de gestión urbana, con “estrategias de competitividad urbana y *city marketing*”. En este caso, si bien con el avance del capitalismo las ciudades comenzaron a experimentar diversos cambios, lo significativo de las últimas décadas es el aumento de la inversión inmobiliaria privada, o mercantilización del desarrollo urbano (De Mattos, 2007). Se trataría de una transformación cualitativamente distinta a los cambios anteriores, directamente vinculada a la globalización y capitalismo, en donde las ciudades han sufrido una metamorfosis, y comienzan a desaparecer los rasgos de una ciudad industrial (De Mattos, 2010).

Tomando como ejemplo a América Latina, es posible señalar que en los últimos cincuenta años el número de ciudades se ha multiplicado por seis, llegando a un nivel de urbanización del 80%, lo cual la posiciona como la región más urbanizada del mundo (ONU-Habitat, 2012). En contextos en que la mayoría de sus países están experimentando una desaceleración demográfica, el espacio edificado sigue en expansión a través de la “construcción de nuevos complejos residenciales, centros comerciales, zonas industriales y con la aparición de nuevos barrios informales” (ONU-Habitat, 2012: 13).

Por otro lado, se observa una tendencia a la segregación, expresada en la creación de barrios y condominios cerrados, por lo general periurbanos, y zonas residenciales monofuncionales. Se trata de “modelos enfocados a la ganancia de corto plazo y que derivan de una visión de la sociedad en que la comodidad individual siempre prevalece sobre el interés colectivo o la búsqueda de cohesión social” (ONU-Habitat, 2012: 13), contribuyendo a la reproducción de la desigualdad. Al respecto, si bien la segregación residencial no es un fenómeno nuevo en las ciudades latinoamericanas, lo cierto es que en el último tiempo se ha producido una mayor fragmentación y aumento de la segregación de grupos pobres y excluidos a causa de una polarización económica y espacial de la población (Aymerich, 2004), exacerbando así la estigmatización socioespacial.

Cabe considerar las transformaciones que se producen en la distribución de la población en el espacio a raíz de fenómenos como la migración y el aumento de flujos de personas en general. Siguiendo con América Latina, si bien hasta mediados del siglo XX se constituyó como una región receptora de inmigrantes, durante la segunda mitad del siglo comienza a ser un continente fundamentalmente de emigración hacia Norteamérica y Europa. Sin embargo, en el último tiempo se ha generado un aumento de migraciones intrarregionales, o entre los países latinoamericanos, siendo Argentina, Chile, Costa Rica, Ecuador y Panamá los nuevos países más atractivos para inmigrantes de la región (OEA/OCDE, 2017). Esta situación conlleva en muchos casos a una segregación residencial e incluso a la formación de *guetos* o nichos con altos niveles de hacinamiento y malas condiciones de vida.

Junto con eso, otro de los cambios experimentados por el espacio urbano en el último tiempo es la denominada gentrificación. En su origen, este fenómeno es definido como “la recuperación de los centros históricos antiguos por las clases medias y altas acompañado de la evicción de los

habitantes pobres del centro de la ciudad a la periferia” (Aymerich, 2004: 21). Sin embargo, y como se podrá ver más adelante, en América Latina si bien es posible encontrar casos que se condicen con esta definición, el proceso adquiere otras características que no siempre o no necesariamente implican una expulsión de la población. A lo anterior cabe sumar el aumento de espacios comerciales o dedicados al consumo. En esta misma región, los centros comerciales se han constituido como un espacio de encuentro común, con la característica de que se trata de “espacios privados, orientados exclusivamente al consumo, con reglas de acceso que dependen de la apariencia y del poder adquisitivo de las personas” (ONU-Habitat, 2012: 72). De acuerdo a ONU-Habitat (2012), los centros comerciales en América Latina se están convirtiendo en la principal oferta de espacios de socialización, y son mucho más frecuentes las ciudades en que pareciera no haber ninguna preocupación por crear espacios que no estén completamente dedicados al consumo. Considerando el caso de los *malls*, en Chile éstos “han cobrado un protagonismo en el mercado de suelos y ejercen un rol gravitante en el proceso de construcción social y estructuración urbana, desligado de un debate arquitectónico contemporáneo en torno a su rol y diseño” (De Simone, 2015: 9).

Finalmente, cabe señalar que el avance de la tecnología en el ámbito de la comunicación y transporte ha generado profundas transformaciones en el modo de comprender las distancias y, por ende, el espacio. Especialmente a través de la expansión del uso de internet y dispositivos móviles con acceso a internet, la comunicación se concibe como instantánea sin importar los lugares ni las fronteras que separen a los interlocutores.

Todos estos antecedentes empíricos desde el siglo XX hasta la actualidad, han tenido eco en el desarrollo teórico de diversas disciplinas, dando lugar al posicionamiento del espacio como una categoría de análisis para interpretar la época contemporánea. En efecto, y como se podrá ver a continuación, se ha producido una emergencia de conceptos para el estudio de las características sociales, económicas y políticas de las actuales sociedades occidentales, los que han ido acompañados del surgimiento de categorías que abordan los problemas espaciales, complementándose mutuamente.

Es así como uno de los primeros conceptos que surge en las últimas décadas del siglo XX es el de posmodernidad, elaborado por el filósofo francés Jean-François Lyotard (1987 [1979]), a partir del cual intenta dar cuenta de la crisis de los relatos o la incredulidad respecto de los

metarrelatos forjados durante la modernidad, tales como el progreso y la ciencia. Prontamente, no obstante, surgieron nuevas categorías que intentaron interpretar el perfil de la sociedad que se comenzaba a configurar, apelando muchas de ellas a una continuidad o radicalización de la modernidad en lugar de un desgaste de la misma. De ese modo, dentro de los conceptos que surgen se encuentra Sociedad del riesgo (Beck, 2002 [1986]), Modernidad radicalizada (Giddens, 1994 [1990]), Sobremodernidad (Augé, 2000 [1992]), Modernidad líquida (Bauman, 2004 [2000]), Tercera modernidad (Ascher, 2007 [2001]), Hipermodernidad (Lipovetsky, 2000 [1983]), Altermodernidad (Bourriaud, 2009), entre otros.

¿Cuáles son las características que comparten todos estos conceptos? Quizás uno de los rasgos en común sea lo que señala Harvey (1998 [1990]), y es que en esta época, a diferencia de la modernidad de Baudelaire (1863 [2005]) en que convivía la paradoja de lo efímero y lo inmutable, sólo pareciera predominar lo efímero y lo desechable. De ese modo, en este marco se identifican elementos como la presencia de nuevos tipos de riesgos y amenazas a nivel mundial, el avance de la tecnología y la informática, el paso de una sociedad industrial a una postindustrial, el desarrollo de un capitalismo cognitivo y el paso a la acumulación flexible, entre otros fenómenos.

Este escenario da lugar a una transformación en la concepción y formas de representar el espacio, por un lado, y experimentarlo, por otro, promoviendo a comienzos del siglo XXI la creación de conceptos como Condición urbana (Mongin, 2006), Planeta ciudad (Muñoz, 2008), Ciudad global (Sassen, 2011 [1995]), Hiperespacio (Jameson, 1991), No lugar (Augé, 2000 [1992]), Metápolis (Ascher, 2007 [2001]), Posciudad (Mongin, 2006), Urbanización (Muñoz, 2008), Megaciudad (Castells, 2000 [1996]), entre otros. Gran parte de estas categorías comparten el diagnóstico de que, en términos de la dualidad espacio-tiempo, la época actual le otorga mayor centralidad al espacio, o bien las categorías espaciales pasan a dominar a las del tiempo. Junto con eso, dan cuenta de fenómenos como la creciente homogeneización de los espacios producida por la reproducción de lugares con idénticas características en cualquier parte del mundo, como sucede con los centros comerciales y otros espacios que comparten características muy similares independientemente del país en el que se encuentre, como aeropuertos, hoteles, etc. Asimismo, destacan uno de los principales rasgos que comprenden los espacios urbanos en la actualidad, como es la de constituirse como un constante flujo, tanto de personas, como de información,

productos e imágenes, ligado al avance de las nuevas tecnologías de la comunicación e información y al desarrollo de nuevos medios de transporte. Junto con eso, se hace referencia a fenómenos como la concentración de personas en determinadas zonas de la ciudad de acuerdo a variables como nivel socioeconómico, país de origen o cultura; las formaciones de barrios marginados; los desplazamientos forzados de ciertos grupos de la población por fenómenos como la gentrificación; entre otros.

En este punto se sitúa nuestra problematización. Lo que observamos es que a partir del trabajo de un grupo multidisciplinario de autores contemporáneos es posible afirmar que las transformaciones en el espacio urbano señaladas anteriormente son susceptibles de interpretar desde una dimensión estética, o más aún, que los cambios espaciales de la época actual poseen un componente fuertemente estético. Se trata del sociólogo argentino Esteban Dipaola, el teórico del arte francés Nicolas Bourriaud y el filósofo francés Jacques Rancière, cuyo cuerpo teórico se introduce o bien directamente (en el caso de Dipaola y Bourriaud) o bien de manera indirecta (en el caso de Rancière) en varias de las problemáticas del espacio urbano desde una dimensión estética. Sin embargo, y aquí se enfatiza un punto importante, se trata de una definición que escapa a las formas convencionales de entender la estética, y por tanto, entrega una novedosa forma de interpretar el vínculo con el espacio urbano. Pues en efecto, es innegable que desde la filosofía se ha abordado el problema de la experiencia del espacio a través de la fenomenología (Merleau-Ponty, 1994 [1945]; Bachelard, 2000 [1957]), y por otro lado, existen estudios en los que se analiza la relación entre estética y espacio a partir del estudio entre arte y ciudad, arte urbano o intervenciones artísticas en el espacio público o en términos de una estética o diseño urbano, en general desde la Arquitectura o Urbanismo (García-Doménech, 2013; Mariñelarena, 2015), no obstante, en ambos casos, la dimensión estética tiende a referir a cuestiones filosóficas o artísticas. A diferencia de ellos, el trabajo de los tres autores señalados o su forma de comprender la estética se vincula directamente con procesos sociales y hasta políticos, abriendo una perspectiva interdisciplinaria para el estudio del espacio urbano contemporáneo. Específicamente, a través de los conceptos “Radicancia” de Bourriaud, “Producción imaginal de lo social” de Dipaola y “Reparto de lo sensible” de Rancière, pretendemos abordar fenómenos relativos a los desplazamientos y flujos de la población en el espacio, la predominancia de las imágenes en las ciudades y la (desigual) distribución del espacio urbano en la actualidad, respectivamente.

Dado lo anterior, nos proponemos como objetivo general teorizar sobre el componente estético de las transformaciones espaciales ocurridas en las sociedades occidentales en el marco de la denominada posmodernidad, con los siguientes objetivos específicos:

1. Describir los modos como ha sido interpretada la época contemporánea y los conceptos alternativos que han surgido al de posmodernidad en su vínculo con el espacio urbano.
2. Caracterizar los cambios que ha experimentado el espacio urbano a nivel global en las últimas décadas, y las conceptualizaciones que han surgido para interpretarlos.
3. Sistematizar y analizar los conceptos de “Radicante” (Bourriaud), “Producción imaginal de lo social” (Dipaola) y “Reparto de lo sensible” (Rancière) en función de su vínculo con problemáticas del espacio urbano contemporáneo.

De ese modo, la hipótesis que recorre nuestra investigación es que las transformaciones del espacio urbano propias de la época contemporánea guardan un componente estético, y por lo tanto, un estudio que se proponga analizar las problemáticas espaciales actuales implica necesariamente la consideración de esa dimensión.

I. De la modernidad a la posmodernidad: los cambios que sientan las bases del espacio urbano contemporáneo

El estudio del espacio como categoría de análisis de la época contemporánea requiere necesariamente de la consideración de la modernidad, tal como el estudio de ésta es imposible sin una detención en las características que comienza a adquirir el espacio urbano. Ya hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX se encuentran textos relevantes de autores como Baudelaire, Simmel y Weber que analizan las transformaciones espaciales centrándose en la ciudad. Asimismo, de la mano de la Escuela de Chicago, comienza a perfilarse la sociología urbana debido al inédito avance de la urbanización en la sociedad americana y occidentales en general. Sin embargo, hacia mediados del siglo XX y especialmente a partir de las últimas décadas se produce un giro en la definición de la época debido a un conjunto de transformaciones socioeconómicas a nivel mundial. Es así como en la década de 1970 aparece por primera vez el concepto de posmodernidad como una forma de dar cuenta del agotamiento del proyecto moderno. A partir de entonces, no obstante, se encontrarán diversos intentos por interpretar la sociedad actual a través de la creación de un conjunto de categorías que, a pesar del diagnóstico posmoderno, muchas de ellas le otorgan aún una vigencia a la modernidad. Dentro de las transformaciones que se intentan abordar con estos nuevos conceptos, se encuentra el avance de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, el paso de un capitalismo industrial a uno financiero, la emergencia de nuevos tipos de riesgos y amenazas globales, el desarrollo de nuevos medios de transporte, entre otras. Lo que resulta relevante destacar es que dichos cambios sientan las bases de cómo se entiende y experimenta el espacio urbano actualmente; y a nivel conceptual, le otorga al espacio el carácter de categoría de análisis de la época contemporánea.

1. Modernidad: una introducción a su relación con el espacio y la ciudad

Quizás una de las mejores formas de iniciar este capítulo sea contando su final: no hay consenso respecto de si la modernidad ya pasó, o si la hemos superado y nos encontramos en una posmodernidad, o si en lugar de eso, se han radicalizado y profundizado sus características.

Resulta altamente necesario comenzar de esta manera, pues aun cuando este capítulo intenta seguir un orden cronológico asumiendo y diferenciando un pasado (modernidad) de un presente (posmodernidad¹), lo cierto es que para algunos autores aún nos encontraríamos en la modernidad, con lo cual, ciertas características que consideraríamos como pasadas, responderían también al presente. Junto con eso, y como se podrá ver a lo largo del capítulo, en lo que respecta a la interpretación del espacio en la modernidad y la posmodernidad, se observa una mutación en su definición, pasando de ser la ciudad el foco de atención a comienzos del siglo XX, al *espacio* como categoría genérica hacia fines de siglo. De ese modo, a continuación caracterizaremos la modernidad como comúnmente suele hacerse y su vínculo con el espacio, asumiendo que en algunos casos dichas características podrían considerarse igualmente para el presente, y abordaremos los primeros estudios en torno a la ciudad, correspondientes al surgimiento de la sociología urbana.

a. Breve caracterización de la modernidad

La modernidad como época suele ser ubicada temporalmente a partir del siglo XVI en Occidente. Si bien desde el siglo V se encontrarían rastros del uso del concepto ‘moderno’ para distinguir el presente (definido oficialmente como cristiano) del pasado romano y pagano, y dar cuenta de una transición desde lo antiguo a lo nuevo (Hans Robert Jauss, citado en Habermas, 2008 [1983]), lo cierto es que tiende a situarse en su mayoría desde el Renacimiento en adelante. Así, para Giddens (1994 [1990]), la modernidad “se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los ha convertido en más o menos mundiales” (1994 [1990]: 15).

Una de las citas a las que se recurre con mayor frecuencia para describir a la modernidad, es la que entrega Baudelaire en 1863 en su clásico ensayo *El pintor de la vida moderna*, donde señala que “La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable” (Baudelaire, 2005 [1863]: 361). Por otro lado, Berman (1989

¹ Si bien, como veremos, en el último tiempo han surgido diversos conceptos alternativos al de posmodernidad para interpretar la época contemporánea, en esta investigación cuando nos refiramos a la sociedad actual haremos uso de dicha categoría sin que eso implique necesariamente una adhesión a su discurso teórico o ideológico.

[1982]), define la modernidad como una forma de experimentar el tiempo y el espacio, las posibilidades y peligros de la vida; más exactamente, como una “experiencia vital”. De ese modo, “ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos” (Berman, 1989 [1982]: 1). Por su parte, Giddens (1994 [1990]) califica a la modernidad como un fenómeno de doble filo: si bien, por un lado, el desarrollo de las instituciones sociales modernas han significado más oportunidades para que las personas disfruten de una “existencia más segura”, afirma Giddens, esto igualmente ha implicado el desarrollo del lado más oscuro de la modernidad, y que ni los pensadores de la modernidad clásicos como Marx, Weber y Durkheim pudieron prever, como son por ejemplo, la destrucción del medioambiente que implicó el avance de las fuerzas productivas, los regímenes totalitarios del siglo XX, el desarrollo del poder militar, y las amenazas del armamento nuclear.

El destacado geógrafo británico David Harvey (1998 [1990]), hace uso de la unidad paradójica de la que hacen referencia autores como Baudelaire o Berman, y las aborda en la medida que se constituiría como un rasgo central de la modernidad. Para Harvey, el carácter eterno e inmutable dentro de los vertiginosos cambios que significan la modernidad, encuentra en el proyecto de la Ilustración una respuesta, pues sus pensadores “dieron buena acogida al torbellino del cambio y consideraron que lo efímero, lo huidizo y lo fragmentario eran una condición necesaria a través de la cual podría realizarse el proyecto modernizante” (Harvey, 1998 [1990]: 28). Sin embargo, dos de los críticos de la modernidad más relevantes para Harvey (1998 [1990]), como son Weber y Nietzsche, se encargaron de develar el carácter de la Ilustración, visibilizando el triunfo de la razón instrumental con arreglo a fines, por un lado, y de la “destrucción creativa”, por otro, respectivamente. De ese modo, Nietzsche encuentra en Dionisos la representación de la esencia eterna e inmutable de la humanidad, específicamente: “ser a un mismo tiempo ‘destructivamente creativa’ (o sea, dar forma al mundo temporal de la individuación y el devenir, en un proceso destructivo de la unidad) y ‘creativamente destructiva’ (o sea, aniquilar el universo ilusorio de la individuación, un proceso que implica la reacción de la unidad)” (citado en Harvey, 1998 [1990]: 31).

Por su parte, para Jürgen Habermas (2008 [1983]), lo que él define como “proyecto de la modernidad” –es decir, el proyecto de los filósofos de la Ilustración en el siglo XVIII por desarrollar y diferenciar la ciencia, la moralidad y el arte como esferas autónomas con una lógica interna (tomando a Weber como referencia)-, si bien pretendía liberar estas dimensiones de sus formas esotéricas, lo cual llevaría a “la comprensión del mundo y del yo, el progreso moral, la justicia de las instituciones e incluso la felicidad de los seres humanos” (Habermas, 2008 [1983]: 28), en lugar de eso, se produjo una separación entre el conocimiento del especialista y la “hermenéutica de la comunicación cotidiana”, provocando de ese modo, movimientos de rechazo a la cultura de los expertos.

Por otro lado, si bien en la mayoría de los casos la modernidad no es delimitada temporalmente de manera tan clara, autores como Marshall Berman (1989 [1982]) distinguen tres etapas: la primera, que se extiende desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII; la segunda, que comienza con las revoluciones de 1790; y finalmente, durante el siglo XX se daría la tercera fase de modernización. Por medio de esta diferenciación en etapas, es posible identificar los momentos en que comienza a adquirir relevancia el espacio urbano en la modernidad: especialmente hacia fines de 1700. La primera etapa que señala el autor es donde se configura la sensibilidad moderna, siendo Rousseau una de sus figuras principales. La atmósfera de la época es de “agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquicos, extensión de las posibilidades de la experiencia y destrucción de las barreras morales y los vínculos personales, expansión y desarreglo de la personalidad, fantasmas en las calles y en el alma” (Berman, 1989 [1982]: 4). Posteriormente, en la segunda fase de la modernidad (que se inicia hacia 1790), comienzan a tener lugar una gran cantidad de transformaciones relativas al espacio urbano, siendo el incipiente desarrollo de la industria una de sus principales causas. Así, las máquinas a vapor, las fábricas, las vías férreas, zonas industriales, el crecimiento urbano, el avance de las comunicaciones por medio del telégrafo, teléfonos y otros, junto con Estados nacionales más fuertes y acumulaciones multinacionales de capital, movimientos sociales, un mercado mundial en expansión, entre otras cosas (Berman, 1989 [1982]: 5), constituyen el paisaje que describe el autor como característico de esta segunda fase de la modernidad, siendo dos de las voces más distinguidas de esta etapa Freud y Marx. Finalmente, en lo que respecta a la tercera fase, que se desarrolla durante el siglo XX, si bien Berman destaca aspectos positivos como que el arte experimentó un crecimiento en muchos ámbitos, es muy crítico en relación al modo como se

comprende e interpreta la época en la que se está viviendo, y señala que habría una suerte de ocaso de la modernidad del siglo XX, en donde los pensadores e intelectuales estarían contribuyendo a este estancamiento en la medida que se han orientado hacia “polarizaciones rígidas y totalizaciones burdas” (Berman, 1989 [1982]: 11).

De ese modo, las fuentes de la vida moderna para Berman son los descubrimientos de las ciencias físicas, la industrialización de la producción, las alteraciones demográficas, el crecimiento urbano, los sistemas de comunicación de masas, los movimientos sociales y el mercado capitalista mundial. Todo esto, de la mano de la Ilustración, una exaltación a la razón y al sujeto, una confianza en el progreso y una predominancia de lo que Weber llamó razón instrumental.

Otro de los aspectos que gira en torno a la modernidad es la separación entre espacio y tiempo, lo cual sería decisivo para gran parte de los cambios posteriores. Para autores como Giddens (1994 [1990]), el carácter dinámico de la modernidad deriva justamente de esa separación. Su relevancia reside en que se trataría de la primera condición para el proceso mediante el cual las relaciones sociales se separan de sus contextos locales de interacción, que él denomina “desanclaje”; por otro lado, contribuye a la configuración de uno de los rasgos distintivos de la vida social moderna como es la organización racionalizada; y también, la historicidad asociada a la modernidad responde a un modo de experimentar el espacio y el tiempo que para las civilizaciones anteriores sería impensado. A diferencia de las teorías que interpretan la transición del mundo tradicional al moderno desde conceptos como diferenciación o especialización funcional, Giddens propone la idea de desanclaje para analizar la separación entre tiempo y espacio.

El invento del reloj mecánico fue crucial para la separación entre espacio y tiempo, toda vez que expresó una dimensión uniforme del tiempo cuantificándolo y permitiendo designar “zonas” del día, como por ejemplo, la jornada laboral. De ese modo, se produce un vaciamiento del tiempo que es precondition para el vaciamiento espacial. En efecto, en las sociedades premodernas el tiempo se encuentra conectado al espacio, pero con el proceso de modernización, se produce una uniformidad de la medida del tiempo con el reloj, y una uniformidad en la organización social del tiempo, cuestión que se profundiza más por medio de la homologación de los calendarios. De ese modo, señala Giddens, la coordinación a través del tiempo es la base de control del espacio.

Mediante la separación de las dimensiones espaciales de la vida social de lo localizable, se produce lo que el autor denomina “espacio vacío”. En el desarrollo de éste, intervienen dos factores: aquellos que permiten la representación del espacio sin referirse a un lugar privilegiado, y aquellos que hacen posible la sustituibilidad de diferentes unidades espaciales. Así, la progresiva cartografía del globo y creación de mapas mundiales configuró el espacio como independiente de cualquier lugar o región particular. El surgimiento de “lugares fantasmagóricos” se produce toda vez que “los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos” (Giddens, 1994 [1990]: 30).

Por su parte, para Bauman (2004 [2000]) la modernidad comienza cuando el espacio y el tiempo se separan entre sí y de la “práctica vital”, y “pueden ser teorizados como categorías de estrategia y acción mutuamente independientes, cuando dejan de ser –como solían serlo en los siglos premodernos- aspectos entrelazados y apenas discernibles de la experiencia viva, unidos por una relación de correspondencia estable y aparentemente invulnerable” (Bauman, 2004 [2000]: 14). Si bien más adelante se profundizará en el concepto de modernidad líquida que propone este autor para designar la época contemporánea, conviene señalar que en la etapa “sólida” de la modernidad (es decir, previo a la configuración de la sociedad actual), una de las características de la relación con el espacio, y que la diferencian de la etapa “líquida”, es el mayor valor otorgado al sedentarismo que al nomadismo.

En síntesis, uno de los hechos que caracteriza el surgimiento de la modernidad es la separación espacio-tiempo, y la nueva forma de experimentarlos que eso conlleva. Hechos como la invención del reloj mecánico o la elaboración de mapas y globos terráqueos, contribuyen a una nueva forma de representar el tiempo y el espacio. A medida que se desarrolla el proyecto moderno, esta situación va generando modificaciones en ambas dimensiones, haciendo que la categoría de espacio se vuelva más abstracta no vinculable necesariamente con un “lugar localizable”.

b. Primeros estudios urbanos

En este contexto, a fines del siglo XIX, pero especialmente a comienzos del XX, surgen los primeros estudios de carácter sociológico en torno a la ciudad. Al respecto, es posible distinguir entre un primer conjunto de autores que, en el marco de un estudio macrosocial abordan el espacio urbano de manera tangencial o instrumental para dar cuenta de sus teorías; y un segundo grupo, para quienes la ciudad como tal y especialmente el estilo de vida que se comienza a forjar en ella, se constituye como el núcleo central del estudio. Entre los primeros es posible señalar a los padres de la sociología como Max Weber y Karl Marx, y entre los segundos a Georg Simmel, y los autores de la Escuela Ecológica de Chicago como Robert Ezra Park y Louis Wirth, considerados como los fundadores de la sociología urbana. De ese modo, en cuanto a los primeros, la ciudad de Weber se enmarca en el estudio de la racionalización, del poder y la moral económica de algunas religiones; mientras que en el caso de Marx y Engels en relación a la industrialización y el desarrollo de la burguesía (Martínez, 1999, Introducción a Park, 1999 [1925]).

En cuanto a Simmel, se trata de un caso muy particular, en la medida que realizó un profuso estudio de la vida en la ciudad, y desde perspectivas poco convencionales o difíciles de enmarcar en una sola disciplina, si bien gran parte es desde la sociología y la filosofía. A diferencia de Weber, que estudia la ciudad del siglo XVIII, Simmel se preocupa de la gran ciudad moderna, siendo el prototipo para él Berlín.

Como se podrá ver más adelante, el trabajo de Simmel resulta bastante visionario respecto de los modos de comprender los cambios en el espacio urbano no sólo en el marco de la modernidad, sino también de la denominada posmodernidad. En efecto, el autor incorpora temáticas impensadas para la época, como: “la figura del urbanitas, el secreto, la aventura, el reloj, la coquetería, la infidelidad, el perfume, la libertad, el extranjero y la moda en el contexto de la gran metrópolis” (Márquez, 2012: 18), centrándose en figuras como el pobre o el extranjero. Así, el pobre es definido no como aquél que presenta carencias, sino que como quien es asistido. Por su parte, el extranjero es el individuo “que no está vinculado espacialmente con un punto fijo y que, pese a ello y en ese mismo punto sin vínculo establecido, desarrolla y materializa su existencia” (Márquez, 2012: 18).

Otra de las obras más reconocidas de este autor sobre la ciudad, es *La metrópolis y la vida mental* (Simmel, 2005 [1903]) publicada a comienzos del siglo XX. En este trabajo dirige su atención al estudio de la interacción entre el individuo y la sociedad. Señala que cualquier investigación respecto de la vida moderna debe tratar de resolver o responder a la pregunta de cómo la personalidad se acomoda y se ajusta a las exigencias de la vida social. De acuerdo a esto, su trabajo se encuentra fuertemente influido por la naciente psicología.

Simmel (2005 [1903]) intenta dar cuenta de las principales características del individuo de la metrópolis, y en ese sentido, va a afirmar que el tipo de individualidad propio de las ciudades de principios de siglo es la intensificación del estímulo nervioso. Es decir, en relación a la gran cantidad de información que reciben quienes habitan o circulan por las metrópolis, éstas exigen una mayor conciencia que la vida rural, y afirma que esta conciencia superior y el intelecto se encuentran por encima de los sentimientos psíquicos. Junto con eso, denuncia el predominio de la economía monetaria, si bien no es posible determinar si la mentalidad “intelectualizante” promovió la economía monetaria o por el contrario, esta última influyó en el predominio del intelecto. Asimismo, destaca como características propias de la vida en la metrópolis la puntualidad, la exactitud y el cálculo.

Las ciudades las define como las sedes más importantes de intercambio monetario: “propician la mercantilización de las cosas de manera más impresionante y con mayor énfasis que las localidades pequeñas” (Simmel, 2005 [1903]: 5). Asimismo, agrega que una de las características más significativas de las metrópolis es la extensión de sus funciones más allá de sus fronteras físicas, con lo cual elabora anticipadamente una definición de lo que podría ser una ciudad globalizada. Por otro lado, afirma que las ciudades son “ante todo”, los espacios con la más alta división económica del trabajo (Simmel, 2005 [1903]: 8).

Ahora bien, en relación a la intensificación del estímulo nervioso, Simmel (2005 [1903]) señala que el fenómeno psíquico exclusivo de la metrópolis es la indiferencia o, como él la denomina: *blaseé*. Ésta es resultante de los estímulos a los nervios tan rápidamente cambiantes y tan encimadamente contrastantes (Simmel, 2005 [1903]). Afirma que esta insensibilidad ante la diferencia de las cosas proviene de la economía monetaria. De ese modo, a la persona *blaseé* ningún objeto merece preferencia sobre otro. Se produce una antipatía ante la gran cantidad de estímulos que genera la ciudad.

Junto con Simmel, y tal como señalábamos anteriormente, la escuela sociológica de Chicago o también conocida como escuela ecológica, entrega aportes para el estudio de la ciudad a comienzos del siglo XX. Uno de los autores más destacados de esa escuela es Robert Ezra Park (1999 [1915]). Si bien el modelo de ciudad de Park tiene profundas raíces darwinistas y spencerianas, también recoge elementos de Simmel, y no constituye en ningún caso una postura extremadamente biologicista. Esto es posible de observar en la definición que entrega de ciudad, en donde introduce y considera elementos culturales. Así, en 1915, señalaba que la ciudad “es algo más que una aglomeración de individuos y de servicios colectivos: calles, edificios, alumbrado eléctrico, tranvías, teléfonos, etc.; también es algo más que una simple constelación de instituciones y de aparatos administrativos: tribunales, hospitales, escuelas, comisarías y funcionarios civiles de todo tipo. La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana” (Park, 1999 [1915]: 49).

Uno de los conceptos centrales en este enfoque es el de comunidad, la que consiste en (Park, 1999 [1915]: 129):

- una población organizada territorialmente;
- más o menos arraigada al suelo que ocupa;
- cuyas unidades individuales mantienen relaciones de interdependencia mutua, siendo su naturaleza simbiótica antes que social.

El enfoque ecológico se observa en el uso del concepto darwinista de la “lucha por la existencia” que deriva en una competencia. En sus propias palabras, señala que “la competencia opera en la comunidad humana (al igual que lo hace en la comunidad vegetal y animal) para realizar y restaurar el equilibrio comunitario cuando éste es alterado por la aparición de algún factor extraño procedente del exterior o cuando sencillamente sucede en el curso normal de su ciclo de vida” (Park, 1999 [1915]: 132).

Fundamentalmente, postula que el modo como crece y se configura una ciudad es a través de una competencia, a través de la cual la población se va ubicando en distintos sectores de acuerdo a la selección natural que se produce. Afirma que la metrópolis es de alguna manera “un enorme mecanismo de selección y de filtro que [...] selecciona infaliblemente entre el conjunto de la población los individuos más convenientes para vivir en cada sector y medio urbano particulares” (Park, 1999 [1915]: 120). Con lo cual, fenómenos como la segregación o la formación de suburbios se deben a este proceso de “selección”. Con respecto a estos últimos, los denomina “áreas naturales”, en donde cada uno cumple una función específica en la economía de la ciudad.

Junto con eso, hace uso de los conceptos de dominio y sucesión para interpretar los cambios del espacio urbano, los que se encuentran vinculados a la competencia. Con respecto al primero, afirma que en toda comunidad siempre hay una o más especies dominantes, y haciendo una analogía con las plantas, señala que así como entre ellas la lucha por la luz es la que define a las especies más dominantes, entre la comunidad humana es la competencia por adquirir los suelos de mayor valor el proceso que determina a los grupos dominantes. En ese sentido, el área de dominación es aquella en donde los suelos son de mayor valor. Y en relación a este proceso de dominación se encuentra el de sucesión, el que consiste en la secuencia de cambios por los que atraviesa una comunidad.

El surgimiento de estos primeros estudios sociológicos en torno a la ciudad, nos permiten dimensionar los inéditos cambios que comienzan a experimentar las sociedades occidentales de principios de siglo en relación a la conformación del nuevo espacio urbano, pero también a la configuración de una estructura social vinculada a su desarrollo. Es decir, se evidencia la relevancia del espacio como categoría a partir de la cual estudiar el momento de una sociedad en particular, siendo en este caso, ciudades claves del desarrollo de la modernidad.

2. Posmodernidad y más allá: las formas de nombrar y caracterizar la época contemporánea

En este punto abordaremos las principales transformaciones que se producen en el paso de la modernidad a la denominada posmodernidad a nivel mundial, con el objetivo de dar a conocer el contexto en el cual se inscriben los cambios en el espacio urbano que desarrollaremos en el siguiente capítulo. Junto con describir las características predominantes de la época contemporánea, interesa enfatizar la emergencia de un conjunto de conceptos posteriores al de posmodernidad, en la medida que gran parte de ellos va acompañado de una categoría espacial, dejando en evidencia de alguna manera lo estrictamente necesario que resulta hacer referencia al espacio para referir a la época contemporánea. Tal como se observa en el cuadro N°1, sondeando rápidamente los conceptos que intentan describir la época contemporánea –o aquella que se empieza a perfilar desde la década de 1970 en las sociedades occidentales-, se identifican al menos doce categorías, que surgen a partir de la denominada posmodernidad, de las cuales más de la mitad va acompañada de una categoría espacial. ¿Cuáles son las características que comparten todos estos conceptos? Quizás uno de los rasgos en común sea lo que señala Harvey (1998 [1990]), y es que en esta época, a diferencia de la modernidad de Baudelaire en que convivía la paradoja de lo efímero y lo inmutable, sólo pareciera predominar lo efímero y lo desechable. De ese modo, en este marco se identifican elementos como la presencia de nuevos tipos de riesgos y amenazas a nivel mundial, el avance de la tecnología y la informática, el paso de una sociedad industrial a una postindustrial, el desarrollo de un capitalismo cognitivo y el paso a la acumulación flexible, entre otros fenómenos. Este escenario da lugar a una transformación en la concepción y formas de representar el espacio, por un lado, y experimentarlo, por otro, que a comienzos del siglo XXI promueve la creación de conceptos como condición urbana y planeta ciudad, dando cuenta de la centralidad del espacio en la caracterización de la época contemporánea. De ese modo, a continuación se profundiza en los rasgos que presenta la sociedad actual, comenzando por la posmodernidad, para en el segundo capítulo abordar las distintas transformaciones del espacio urbano que se encuentran asociadas a los cambios globales.

Cuadro N°1

La emergencia de conceptos alternativos a posmodernidad para interpretar la época contemporánea y su vínculo con categorías espaciales

Concepto	Autor	Categoría espacial	Año
Posmodernidad	Jean-François Lyotard	-	1979
Sociedad del riesgo o modernidad desarrollada	Ulrich Beck	-	1986
Modernidad radicalizada	Anthony Giddens	Desanclaje	1990
Ciudad global	Saskia Sassen	-	1991
Sobremodernidad	Marc Augé	No lugar	1992
Era de la información	Manuel Castells	Megaciudad	1996
Modernidad líquida	Zygmunt Bauman	-	2000
Posmodernidad	Edward Soja	Postmetrópolis	2000
Tercera modernidad	Francois Ascher	Metápolis	2001
Segunda modernidad	Ulrich Beck	-	2002
Hipermodernidad	Gilles Lipovetsky	-	2004
Condición urbana	Olivier Mongin	Megalópolis	2005
Planeta ciudad	Francesc Muñoz	Urbanalización	2008
Altermodernidad	Nicolas Bourriaud	Radicancia	2009

Fuente: elaboración propia.

a. Posmodernidad

Hacia finales de siglo XX, los cambios experimentados por la sociedad occidental, asociados a las consecuencias de la segunda guerra mundial, la crisis económica de 1970, y la caída del fordismo, generaron una interpretación de la época como una distinta de la modernidad, siendo denominada por el filósofo francés Jean- François Lyotard (1987 [1979]) como *posmodernidad*, en su conocida obra “La condición posmoderna”. Tal como lo describe el autor, este libro consiste en un estudio sobre la condición del saber en las sociedades más desarrolladas, o bien, o sobre la *condición posmoderna*. Si bien esta última tiende a ser comprendida en términos de las transformaciones que sufrieron la ciencia, la literatura y las artes a partir del siglo XIX, Lyotard

la define, en términos generales, como la crisis de los relatos o la incredulidad respecto de los metarrelatos.

Para Lyotard, el saber posmoderno contribuiría a hacer más útil la sensibilidad ante las diferencias, y fortalecería la capacidad de “soportar lo inconmensurable”. Parte de la hipótesis de que el saber va modificando su estatuto en la medida que las sociedades entran en la denominada edad postindustrial y las culturas a la denominada posmodernidad (Lyotard, 1987 [1979]), proceso que, en Europa, ha tenido lugar desde fines de los años 50. En ese sentido, asumiendo que el saber científico es un tipo de discurso (toda vez que las ciencias se apoyan en el lenguaje), es evidente que las transformaciones tecnológicas inciden sobre el saber, especialmente en dos funciones: la investigación y la transmisión de conocimiento. Esto es lo que usualmente se conoce como informatización de la sociedad.

El crítico literario británico Terry Eagleton (1997 [1996]) define la posmodernidad como “un estilo de pensamiento que desconfía de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal o de emancipación, de las estructuras aisladas, de los grandes relatos o de los sistemas definitivos de explicación” (Eagleton, 1997 [1996]: 11). Este pensamiento posmoderno, entonces, define el mundo como “contingente, inexplicado, diverso, inestable, indeterminado, un conjunto de culturas desunidas o de interpretaciones que engendra un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas, lo dado de las naturalezas y la coherencia de las identidades” (Eagleton, 1997 [1996]: 11). El autor asocia el surgimiento de este nuevo mundo a la nueva forma de capitalismo que se desarrolló en Occidente, caracterizado por basarse en el “efímero y descentralizado” mundo de la tecnología, por el consumo y la industria cultural, en donde “las industrias de servicios, finanzas e información triunfan sobre las manufacturas tradicionales, y las políticas clásicas basadas en las clases ceden su lugar a una difusa serie de ‘políticas de identidad’” (Eagleton, 1997 [1996]: 11-12). En tanto, el posmodernismo se constituye como la expresión cultural de este cambio de época, caracterizada por un arte “sin profundidad, descentrado, sin fundamentos, autorreflexivo, juguetón, derivado, ecléctico, pluralista que rompe las fronteras entre cultura ‘alta’ y cultura ‘popular’ tanto como entre el arte y la experiencia cotidiana” (Eagleton, 1997 [1996]: 12).

De igual forma, para Giddens (1994 [1990]), los conceptos de posmodernidad y posmodernismo refieren a cosas distintas. Mientras que este último se relaciona con “estilos o movimientos de la

literatura, la pintura, artes plásticas y la arquitectura” (Giddens, 1994 [1990]: 52), la postmodernidad refiere a una transición, significa “que la trayectoria del desarrollo social nos está alejando de las instituciones de la modernidad y conduciéndonos hacia un nuevo y distinto tipo de organización social” (Giddens, 1994 [1990]: 46). Afirma que en “lugar de estar entrando en un período de postmodernidad, nos estamos trasladando a uno en que las consecuencias de la modernidad se están radicalizando y universalizando como nunca” (Giddens, 1994 [1990]: 17).

Fredric Jameson (1991) se sirve del concepto de posmodernismo para llevar a cabo su análisis de la época contemporánea. Haciendo alusión a artistas como Andy Warhol y el pop art, John Cage, Godard y postgodardismo, el cine y el vídeo experimentales, Burroughs, entre otros, lo define fundamentalmente como la pauta cultural dominante propia del capitalismo tardío, es decir, no sólo como un estilo, sino más bien como “una concepción que permite la presencia y coexistencia de una gama de rasgos muy diferentes e incluso subordinados entre sí” (Jameson, 1991: 16), en donde lo relevante es su vínculo insoslayable con el capitalismo tardío. Más aún, Jameson (1991) sostiene que “toda posición posmodernista en el ámbito de la cultura, ya sea que se trate de apologías o de estigmatizaciones, es también y al mismo tiempo, necesariamente, una toma de postura implícita o explícitamente política sobre la naturaleza del capitalismo multinacional actual” (Jameson, 1991: 14). Este autor acepta hacer uso del concepto de posmodernismo para dar cuenta del vínculo entre la cultura actual y el modelo de sociedad posindustrial correspondiente al capitalismo multinacional.

Dentro de las características de este posmodernismo, se encuentra una nueva superficialidad, la que se vería reflejada tanto en la teoría contemporánea como en toda una nueva cultura de la imagen o el simulacro; el debilitamiento de la historicidad; un “subsuelo emocional” nuevo, posible de ver en las antiguas teorías de lo sublime; y una nueva tecnología que en sí misma representa un sistema económico mundial totalmente original (Jameson, 1991: 21-22).

Por su parte, Harvey (1998 [1990]) define el posmodernismo como una crisis particular dentro del modernismo, que pone en primer plano el aspecto fragmentario, efímero y caótico de la fórmula de Baudelaire y que expresa un profundo escepticismo hacia cualquier enunciado que decida cómo deben concebirse, representarse o expresarse lo efímero y lo inmutable (Harvey, 1998 [1990]). Esta caracterización del posmodernismo se corresponde con algunos de los principales rasgos del capitalismo forjado en las últimas décadas. De hecho, la tesis que postula

Harvey (1998 [1990]) en su libro *La condición de la posmodernidad*, es la relación entre formas culturales posmodernistas, el giro en la compresión espacio-temporal del capitalismo y el surgimiento de modos flexibles de acumulación de capital, entendiendo por compresión espacio-temporal aquellos procesos que implican una revolución en las cualidades objetivas del espacio y el tiempo obligando, por tanto, a modificar la representación del mundo. De ese modo, en el caso de la posmodernidad, a partir de la década de 1970 se comienza a generar una fase de compresión espacio-temporal, que ha generado un impacto en las prácticas de tres dimensiones: económico-política, poder de clase, y cultural y social.

Ahora bien, habiendo descrito brevemente algunos de los principales rasgos de la posmodernidad, pasaremos a revisar las categorías que han surgido como una alternativa a la interpretación de la época contemporánea. Tal como señalábamos anteriormente, es posible identificar al menos doce categorías que surgen luego del concepto de posmodernidad. ¿Qué elementos comparten estos diagnósticos de la época contemporánea y de qué manera se ve afectado el espacio urbano? Es algo que desarrollaremos a continuación.

b. Interdependencia, tecnologías digitales y un capitalismo financiero: el diagnóstico de la época contemporánea

Al menos los autores Giddens (1994 [1990]), Augé (2000 [1992]), Bauman (2004 [2000]), Ascher (2007 [2001]) y Bourriaud (2009) señalan que más que encontrarnos en una posmodernidad, estaríamos experimentando: o bien las consecuencias de la modernidad o una nueva etapa de la misma o lo que podría llamarse la modernidad del siglo XXI, de donde provienen los conceptos Modernidad radicalizada, Sobremodernidad, Modernidad líquida, Tercera modernidad y Altermodernidad, respectivamente. Por otro lado, se encuentran categorías como Sociedad del riesgo (Beck, 2002 [1986]), Sociedad programada (Touraine, 1994 [1992]), Ciudad global (Sassen, 2011 [1995]), y Sociedad red (Castells, 2000 [1996]). Dentro de los rasgos que comparten la mayoría de estas interpretaciones, se encuentra: una intensa interdependencia a nivel mundial, el avance de nuevas tecnologías de la información y el paso de un capitalismo industrial a uno financiero.

i. Interdependencia, riesgos y globalización

Una de las características de la época contemporánea es la intensa interdependencia entre los países y sus economías y sociedades, y el nivel de incidencia de lo *global* sobre lo *local*. De acuerdo a Sassen (2011 [1995]), en las últimas décadas desde fines del siglo XX se ha producido un debilitamiento de lo nacional dando paso a la mundialización y a la emergencia de nuevas entidades y escalas espaciales: por un lado, las ciudades y regiones, y por otro, mercados electrónicos globales y zonas de intercambio. Esto daría lugar a las *ciudades globales*.

Las hipótesis que plantea la autora por medio de este concepto son:

- Dispersión geográfica de las actividades económicas.
- Subcontratación por parte de las empresas.
- Sectores especializados, entorno urbano como un centro de información. Las ciudades globales se constituyen como lugares de producción de industrias de información.
- El sector clave de las ciudades globales son los servicios altamente especializados y conectados en redes.
- Incremento de transacciones y desarrollo de redes transfronterizas. La ciudad global participa siempre de un sistema urbano más extenso.
- Incremento de la desigualdad económica y espacial en el seno de las ciudades.
- Aumento de negocios o empresas informales.

Por medio del concepto de ciudad global, se pretende hacer hincapié en la economía en red, es decir, finanzas y servicios especializados, los nuevos sectores multimedia y las telecomunicaciones.

En relación a la mundialización, pero enfatizando también sobre los riesgos, es posible hacer referencia al concepto de modernidad radicalizada (Giddens, 1994 [1990]). Al respecto, en lugar de entrar a una posmodernidad, lo que estaríamos experimentando es un período de las consecuencias de la modernidad, de manera radicalizadas. La radicalización de la modernidad implica una disolución del evolucionismo, la desaparición de la teleología histórica y el reconocimiento de su constitutiva reflexividad. Y el modo como caracteriza la posmodernidad es a través de una disparidad con el pasado, el hecho de que nada puede saberse con certeza, la historia está desprovista de teleología (no hay noción de progreso), existe una nueva agenda

social y política, con importancia de temas ecológicos y nuevos movimientos sociales. Está de acuerdo con que una de las características de la época contemporánea es la presencia de peligros que no son posibles de controlar por las personas ni las grandes organizaciones, y riesgos de alta densidad, que amenazan la vida de todos. De ese modo, una de las consecuencias de la modernidad sería la mundialización, en donde se daría cuenta respecto del nivel de interdependencia a nivel mundial, especialmente respecto de las nuevas formas de riesgo y peligro.

Como se puede advertir, Giddens está haciendo referencia a la sociedad del riesgo definida por Beck (1998 [1986]). Esta sociedad, cuyo rasgo principal es el riesgo, se caracteriza fundamentalmente por la presencia de un peligro que acecha a toda la población. Se trata del potencial de afectar incluso las zonas protegidas o diferenciaciones propias de la modernidad, pues no respeta fronteras. Beck hace uso del concepto de “modernidad desarrollada”, en la cual habría un destino “adscriptivo” del peligro, del que no hay manera de huir.

Ahora bien, esto no se trata tanto de verse afectados por miserias, como por el miedo mismo que es producto de la modernidad. Así, por ejemplo, las centrales nucleares se constituyen como un símbolo del peligro mundial, existiendo la posibilidad de destrucción y desastres mundiales a causa del uso distorsionado de la ciencia que se inicia en el siglo XX. De ese modo, la naturaleza deja de ser un elemento externo, y pasa a estar integrada y contaminada industrialmente. Beck la llama “segunda naturaleza”, que ha pasado a ser un fenómeno producido.

Esta sociedad del riesgo significa el final de, entre otras cosas: el siglo XX, la sociedad industrial clásica, la noción de soberanía del Estado nación, el automatismo del progreso, las clases sociales, el principio de rendimiento, la naturaleza y la realidad. Todo es post: postindustrialismo, postmodernidad, postilustración. Sin embargo, para este autor, estaríamos siendo testigos de una fractura dentro de la modernidad, pasando de una sociedad industrial clásica a una sociedad (industrial) del riesgo. Así, si el siglo XIX se caracterizó por una sociedad agraria estamental y el siglo XX por una sociedad industrial, el siglo XXI se caracteriza por una sociedad del riesgo. Lo que conlleva estos cambios es el proceso de modernización, en donde en el paso del siglo XIX al XX se trataría de una modernización sencilla o modernización de la tradición, y en el paso del siglo XX al XXI, se trata de una modernización reflexiva o modernización de la sociedad industrial.

En el caso de la modernización reflexiva de la sociedad industrial, ésta consiste en “el entrelazamiento de continuidad y cesura mediante el ejemplo de producción de riqueza y producción de riesgos” (Beck, 1998 [1986]: 19). A su vez, mientras en el siglo XIX era posible de ver una diferenciación de los peligros y riesgos según grupos o lugares, en el siglo XX se observa una tendencia a la globalización, en donde las amenazas son globales y supranacionales. De ese modo, para Beck, las bases que sienta la modernidad en el siglo XX, como es el esquematismo de clases, el modelo de una familia pequeña, el trabajo profesional, la ciencia, el progreso y la democracia, se resquebrajan y son suprimidas en la reflexividad de las modernizaciones.

De igual forma, a través del concepto de tercera modernidad, Ascher (2007 [2001]) se refiere a los riesgos de la época contemporánea, y los diferencia del peligro: “peligro es lo que amenaza o compromete la seguridad, la existencia de una persona o de una cosa. El riesgo es un peligro probable más o menos previsible y calculable. Un riesgo puede ser potencial (hipotético) o cierto” (Ascher, 2007 [2001]: 33). Es decir, se trata de una situación de incertidumbre. Para el autor, el proceso de modernización en su conjunto y el desarrollo de las ciencias y las tecnologías han implicado de alguna manera un factor de riesgo en la medida que aumentan los peligros. Así, en el caso de las tecnociencias, si bien es cierto que mediante ellas se han controlado ciertos peligros, han contribuido igualmente en la generación de otros, especialmente medioambientales. En este caso, el avance las tecnologías y medios de transporte han contribuido al conocimiento y difusión de ciertos riesgos, de manera que “los riesgos localizados y personales son sustituidos por otros riesgos más extendidos o globales” (Ascher, 2007 [2001]: 34). Se produce una suerte de administración de los riesgos, especialmente a través del desarrollo de conocimientos específicos o saberes especializados.

Junto con lo anterior, es posible hacer referencia al concepto de *altermodernidad* del teórico del arte francés Nicolas Bourriaud (2009), a través del cual aborda una de las aristas del proceso de la globalización, especialmente culturales. Para este autor, términos como posthistoria o posmodernismo se constituyen como conceptos vacíos y su sentido es circunstancial. Cuestiona el discurso posmoderno de los estudios culturales, que buscan el ‘reconocimiento del otro’ en tanto implicaría incrustar su imagen en un catálogo de las diferencias, y genera un colonialismo al revés, “tan cortés y aparentemente condescendiente cuanto violento y negador fue el

precedente” (Bourriaud, 2009: 28). Uno de los aspectos más cuestionables del posmodernismo sería la relevancia que se le otorga al origen o las raíces por sobre el destino de las formas o ideas. A la pregunta por la procedencia, señala Bourriaud (2009), hay que sustituirla por la del destino.

Al contrario de lo que postulan los estudios culturales, y ante el flujo uniformizador de la globalización que atraviesa la casi totalidad de los estados naciones, lo que señala Bourriaud (2009) es que la dimensión portadora de los datos nacionales se vuelve más importante que su realidad local. Justamente teniendo en consideración el carácter de la globalización, es que este autor apela a ‘prácticas portátiles’. Como salida a las contradicciones que presenta el discurso posmoderno, Bourriaud hace uso del concepto de altermodernidad, que nace producto de la globalización y la mercantilización del mundo, la cual “designa un plan de construcción que permitiría nuevas interconexiones culturales, la construcción de un espacio de negociaciones que superarían el multiculturalismo posmoderno, más atento al origen de los discursos y de las formas que a su dinamismo” (Bourriaud, 2009: 44). La altermodernidad se constituye como la modernidad del siglo XXI, y “nace de negociaciones planetarias y descentralizadas, de múltiples discusiones entre actores provenientes de culturas diferentes, de la confrontación de discursos heterogéneos” (Bourriaud, 2009: 47).

ii. Nuevas tecnologías y sociedad reticular

En relación al avance de las tecnologías, Castells (2000 [1996]) propone el concepto de *sociedad red* para describir la época contemporánea. En su reconocida obra *La era de la información*, el sociólogo español desarrolla la tesis de la configuración de una nueva estructura social producto de la aparición de un nuevo modo de desarrollo²: el informacionalismo. Este modo de desarrollo se caracteriza por el surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico basado en la tecnología de la información. Por tecnología, el autor define el “uso del conocimiento científico para especificar modos de hacer cosas de una manera reproducible” (Castells, 2000 [1996]: 60), e

² El autor distingue entre modo de desarrollo y modo de producción. Así, en este último se encontrarían el capitalismo y el estatismo, mientras que en el modo de desarrollo el industrialismo y el informacionalismo.

incluye: las tecnologías de la microelectrónica, la informática (máquinas y software), telecomunicaciones/televisión/radio, la optoelectrónica, y la ingeniería genética.

Ahora bien, un aspecto a destacar, es que lo que caracterizaría a esta época no es el carácter central del conocimiento y la información por sí solo, sino que “la aplicación de este conocimiento e información a aparatos de generación de conocimiento y procesamiento de la información/conocimiento” (Castells, 2000 [1996]: 61), es decir, la retroalimentación entre la innovación y sus usos. Mediante esta lógica de la tecnología de la información el mundo queda enlazado. Si bien el autor enfatiza que la tecnología no determina la sociedad, sí ha influido en la configuración de una nueva economía, sociedad y cultura.

Las redes informáticas interactivas crean nuevas formas y canales de comunicación. En esta sociedad red, el espacio organiza al tiempo. “Las redes globales de intercambios instrumentales conectan o desconectan de forma selectiva individuos, grupos, regiones o incluso países según su importancia para cumplir las metas procesadas en la red, en una corriente incesante de decisiones estratégicas”, de manera que “nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una oposición bipolar entre la red y el yo” (Castells, 2000 [1996]: 28).

En relación a esta interconexión, es posible señalar a la sociedad hipertexto de la que habla Ascher (2007 [2001]). Con ésta, se refiere a nuevos tipos de relaciones sociales, una estructura social en redes, y la existencia de múltiples pertenencias sociales. Con respecto al primer punto, el autor señala que si bien los vínculos sociales son más débiles y frágiles que antes, resulta más fácil generar otros nuevos. Los define como “la fuerza de los vínculos débiles”, en donde el tejido social se constituiría por múltiples hilos finos, de todo tipo, lo cual, en lugar de restarle solidez, le otorgaría una mayor finura y elasticidad. Señala, además, que se trata de un tejido social y culturalmente heterogéneo. En relación a esto último, es que las estructuras sociales que se configuran en la actualidad son de tipo reticular, es decir, la sociedad “está estructurada y funciona como una red, o más bien como una serie de redes interconectadas que aseguran una movilidad creciente de personas, bienes e informaciones” (Ascher, 2007 [2001]: 41). Finalmente, a este contexto cabe agregar que la sociedad se compone de individuos con múltiples pertenencias, “es decir, que se desenvuelven en campos sociales diferenciados” (Ascher, 2007 [2001]: 42).

Junto con lo anterior, el desarrollo de nuevos medios de transporte también se constituye como un factor crucial en las transformaciones de esta época, especialmente en el modo de comprender las distancias. Al respecto, bajo el concepto de *sobremodernidad* del antropólogo francés Marc Augé (2000 [1992]) es posible otorgarle un marco a estos cambios. En efecto, este autor identifica tres grandes transformaciones en el mundo contemporáneo, relativas al tiempo, el espacio y al individuo, a saber: superabundancia de acontecimientos, superabundancia espacial y la individualización de las referencias, respectivamente. Es decir, lo que caracteriza a la *sobremodernidad* es el exceso.

En el caso del tiempo, cambia la percepción y el uso que se hace de él. Se produce una aceleración de la historia a través de una serie de acontecimientos reconocidos a nivel mundial. Así, de acuerdo al año en que el autor escribe su libro (hacia 1990), destaca hechos como Los Beatles, Mayo del 68, la guerra de Argelia, Vietnam, la caída del muro de Berlín, la guerra del Golfo, el desmembramiento de la URSS, entre otros. Es decir, la aceleración de la historia se traduciría en una “multiplicación de acontecimientos generalmente no previstos por los economistas, los historiadores ni los sociólogos”. Por otro lado, esta superabundancia de acontecimientos se encuentra ligada a una superabundancia de información que disponemos y la interdependencia inédita a nivel global, en lo que se denomina como sistema planetario.

En el caso del espacio, las transformaciones se relacionan con un “achicamiento del planeta”, en la medida que se cuentan con nuevos y más veloces medios de transporte, y las imágenes e información que llegan de otros lugares del mundo a través de los medios de comunicación que hacen de las distancias una ilusión. Esto ha generado tres fenómenos relativos al espacio: concentraciones urbanas, traslado de poblaciones y una multiplicación de lo que él denomina *no lugares*. Si bien en el siguiente apartado se profundiza en este concepto, es posible señalar que son “tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta” (Augé, 2000 [1992]: 41).

iii. Paso del capitalismo industrial a un capitalismo financiero y cognitivo

Quizás una manera de abordar todas las características antes señaladas sea a través del análisis de la mutación que sufre el capitalismo, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Pues en efecto, como veremos, gran parte de las características con las cuales se puede definir el capitalismo actual se relaciona con los puntos vistos anteriormente. ¿De qué manera se puede caracterizar el actual capitalismo? Algunos elementos centrales son los siguientes (Castells, 2000 [1996]: 26):

- Mayor flexibilidad en la gestión.
- Descentralización e interconexión de las empresas.
- Aumento del poder del capital frente al trabajo, generando un declive del movimiento sindical.
- Una creciente individualización y diversificación en las relaciones de trabajo.
- Incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado.
- Intensificación de la competencia económica global en un contexto de cada vez mayor diferenciación geográfica y cultural de los escenarios para la acumulación y gestión del capital.
- “La intervención del Estado para desregular los mercados de forma selectiva y dismantelar el Estado de bienestar, con intensidad y orientaciones diferentes según la naturaleza de las fuerzas políticas y las instituciones de cada sociedad”.

Siguiendo el análisis que realiza Ascher (2007 [2001]) respecto de la *tercera modernidad*, es posible señalar que el paso del capitalismo industrial a uno financiero o cognitivo se da en relación a factores como: el fin del futuro previsible y planificable; una nueva economía del conocimiento y de la información; una economía más urbana; un importante rol de las tecnologías y la comunicación; y nuevas regulaciones del capitalismo cognitivo. Con respecto al fin del futuro previsible, lo vincula con la crisis del sistema fordista hacia fines de los sesenta, pues en ese momento finaliza una etapa de certidumbre y planificación. En cambio, lo que viene después es una nueva forma de economía de mercado, basada en la globalización, en una aceleración de movimientos de capitales y en políticas de transferencia de regulaciones hacia los

mercados, lo que contribuyó al aumento de la incertidumbre. Por otro lado, se da lugar a una “net-economía”, es decir, “actividades económicas directamente relacionadas con el uso de Internet” (Ascher, 2007 [2001]: 46), y a una economía cognitiva, referida a las industrias y servicios en donde predomina la producción, venta y utilización de conocimientos, informaciones y procedimientos (Ascher, 2007 [2001]: 46). En el caso de una economía más urbana, el autor se refiere a las transformaciones que han experimentado la producción y los servicios de las empresas, especialmente a través de la externalización de la producción, pues por medio de ella gran parte de las actividades se realizan por fuera del lugar en el cual se encuentra emplazada la empresa, haciendo de las ciudades y territorios espacios productivos. Junto con eso, las tecnologías de la información y la comunicación le otorgan una nueva forma a la sociedad, y se constituyen como un soporte del capitalismo cognitivo. Finalmente, se identifica un nuevo tipo de regulación, que el autor la denomina como “societaria” en la medida que “los actores, con lógicas diferentes y con intereses posiblemente divergentes o incluso contrapuestos sobre una serie de puntos, intentan o se ven obligados a preparar gestiones conjuntas, negociar compromisos duraderos y crear instituciones colectivas” (Ascher, 2007 [2001]: 51).

Por su parte, Alain Touraine (1994 [1992]) bautiza como sociedad programada la actual sociedad postindustrial, la que se caracteriza por predominar una importancia hacia las industrias culturales (que las resume en tres dimensiones: sistema de salud o cuidados médicos, la educación y la información). En la sociedad programada, el lugar que ocupaba la producción de bienes materiales en la sociedad industrial, en la sociedad programada predomina la producción de bienes culturales. Es decir, en la primera destacan la metalurgia, la industria química y las industrias eléctricas, mientras que en la segunda predomina la producción de bienes vinculados a las tres dimensiones señaladas anteriormente, a saber, salud, educación y medios de difusión.

Finalmente, en relación a las características de flexibilidad y descentralización que presenta el capitalismo en la actualidad, es posible vincularlo con lo que Bauman (2004 [2000]) denomina como *modernidad líquida*. En efecto, afirma que nos encontraríamos en una nueva fase de la historia de la modernidad, la que describe en función de las características de los líquidos. Así, asumiendo el carácter de éstos, es decir, su adaptabilidad a los espacios que ocupan y constante variabilidad, señala que para ellos, lo que importa es el tiempo, toda vez que “los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a

cambiarla; por consiguiente, para ellos, lo que cuenta es el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que, después de todo, sólo llenan por un momento” (Bauman, 2004 [2000]: 8).

En lo que respecta al espacio, es posible observar una semejanza con el argumento de Harvey, en la medida que se genera un cambio en la valoración de los aspectos del espacio, haciendo que en esta modernidad líquida exista una preferencia hacia flexibilidad. De ese modo, habría una “etapa sólida” de la modernidad, especialmente en sus inicios, en la conformación del Estado moderno, en que los hábitos nómades de ciertos pueblos eran mal catalogados, prefiriéndose el asentamiento. Más aún, “los nómades, que menospreciaban las preocupaciones territoriales de los legisladores y que ignoraban absolutamente sus fanáticos esfuerzos por establecer fronteras, fueron presentados como los peores villanos de la guerra santa entablada en nombre del progreso y de la civilización” (Bauman, 2004 [2000]: 18). Por el contrario, en lo que se constituye ahora como la etapa fluida de la modernidad, se produce una inversión, imponiéndose el principio del nomadismo contra el principio de la territorialidad y el sedentarismo, habiendo una mayoría sedentaria que es gobernada por una élite nómade y extraterritorial. En sus palabras: “Viajar liviano, en vez de aferrarse a cosas consideradas confiables y sólidas –por su gran peso, solidez e inflexible capacidad de resistencia-, es ahora el mayor bien y símbolo de poder” (Bauman, 2004 [2000]: 19).

En efecto, el análisis que hace de la modernidad líquida lo relaciona en gran medida con respecto a los efectos que tiene sobre el poder. Así, en términos económicos, es posible observar una relación con Harvey nuevamente toda vez que lo que otorgaría ganancias en la actualidad es la velocidad de circulación, no la durabilidad. Sin embargo, esta valoración por la flexibilidad, el nomadismo y la velocidad de la circulación del capital tiende a ubicarse especialmente entre los grupos de la clase alta, pues mientras la clase popular lucha “para que sus frágiles, vulnerables y efímeras posesiones duren más”, los más ricos “rechazan y evitan lo durable y celebran lo efímero”. A su vez, el poder se ha vuelto extraterritorial, y ya no se encuentra atado a la resistencia del espacio. En ese sentido, a diferencia del panóptico de Bentham, señala Bauman, en el que había una exigencia de permanencia en un lugar para quien vigilaba, en la actualidad no encontraríamos en una etapa postpanóptica de la modernidad, en donde las relaciones de poder se caracterizan por el hecho de que quienes detentan el poder puedan “ponerse en

cualquier momento fuera de alcance, y volverse absolutamente inaccesible” (Bauman, 2004 [2000]: 16). El autor grafica estos cambios señalando el paso de la modernidad del hardware a la modernidad del software.

En síntesis, a través del rastreo de los rasgos que caracterizan a la época contemporánea desde principios del siglo pasado, hemos podido identificar un conjunto de cambios que contribuyen a la conformación de las problemáticas del espacio urbano en la actualidad. Comenzando por el consenso respecto de que la separación entre espacio y tiempo se constituye como un momento clave en la definición de la modernidad; es posible señalar también el avance del capitalismo industrial que dio forma a gran parte de las ciudades europeas y norteamericanas, y posteriormente su mutación a un capitalismo financiero, a través del cual la concepción del espacio se ve modificada por prácticas de externalización y descentralización de las empresas. En relación a eso, vemos que se ha producido un cambio en la valoración del sedentarismo y nomadismo, siendo más legitimado este último. Asimismo, el desarrollo de nuevas tecnologías y medios de transporte han modificado la percepción de las distancias y formas de organizarse las ciudades dando paso a fenómenos como las ciudades globales. Con todo esto, queda en evidencia que las transformaciones a nivel mundial ocurridas en las últimas décadas presentan un correlato a nivel espacial que exige su atención y estudio. A continuación profundizamos en su análisis.

II. Las transformaciones del espacio urbano en la posmodernidad o el espacio como categoría de análisis de la época actual

En 1967, Michel Foucault (1984 [1967]), en su conferencia llamada *De los espacios otros*, afirmaba que si la gran obsesión del siglo XIX fue la historia, la época actual quizás sea sobre todo la época del espacio: “estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo uno al lado de lo otro, de lo disperso. Nos encontramos en un momento en que el mundo se experimenta menos como una gran vida que se desarrolla a través del tiempo que como una red que une puntos y se entreteje” (Foucault, 1984 [1967]). De igual forma, David Harvey (1998 [1990]) destaca cómo es que para Marshall Berman, Daniel Bell y Fredric Jameson el paso de la modernidad a la denominada posmodernidad implica una mayor centralidad del espacio, en donde las categorías espaciales pasan a dominar a las del tiempo.

Tal como se pudo ver en el capítulo anterior, en las últimas décadas se ha producido una prolífica emergencia de conceptos para describir la época contemporánea que en su mayoría intentan superar el discurso posmoderno. Resulta interesante, además, que varios de ellos van acompañados de categorías relativas al espacio urbano, evidenciándose la relevancia que adquiere el espacio en el intento por comprender las transformaciones de la sociedad actual a nivel mundial.

Pero más allá de esta conceptualización, lo que resulta relevante abordar es el conjunto de cambios a nivel espacial que han ocurrido en el último tiempo. En ese sentido, este segundo capítulo tiene por objetivo dar cuenta de las distintas transformaciones que generaron de alguna manera este ascenso del espacio como categoría clave para la comprensión de la época contemporánea, y describir los distintos elementos que lo caracterizan en la actualidad. Para ello, en un primer momento se aborda la interpretación del espacio como un producto social y su rol en el desarrollo del capitalismo, y por otro, se describen los fenómenos que ha experimentado el espacio urbano en las últimas décadas y que se constituyen como propios de esta época, tales como el extractivismo urbano, gentrificación, segregación, entre otros.

Antes de comenzar, sin embargo, conviene hacer algunas precisiones respecto del concepto espacio. Esto, pues al revisar la vasta literatura relativa al carácter que ha adquirido el espacio en

las últimas décadas, si bien en la mayoría de los casos se hace un uso indistinto de categorías como espacio y lugar, en otros se elaboran distinciones entre ambas. De ese modo, considerando el trabajo de autores como Michel De Certeau (2000 [1990]), Anthony Giddens (1994 [1990]), Manuel Castells, (1985 [1974]) y Marc Augé (2000 [1992]), es posible observar que las distinciones que suelen hacerse en relación a las categorías de espacio y lugar tienden a diferenciar en general entre la presencia y ausencia de sentido o de identidad o simbolismo. Así, por ejemplo, De Certeau (2000 [1990]) en su libro *La invención de lo cotidiano*, define lugar como “el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia” (De Certeau, 2000 [1990]: 129), es una configuración instantánea de posiciones que implica una indicación de estabilidad. En tanto, al espacio le otorga otra connotación, la del “cruzamiento de moviidades”, es decir que se consideran elementos como: vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo, y está animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan (De Certeau, 2000 [1990]: 129). Para graficar la distinción entre ambos conceptos, señala que el espacio es al lugar lo que se vuelve la palabra al ser articulada, es decir, “el espacio es un lugar practicado”. En ese sentido, “la calle geoméricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes” ((De Certeau, 2000 [1990]: 129).

Un argumento similar es el que desarrolla Giddens (1994 [1990]). Para este autor, los lugares corresponden a asentamientos físicos de la actividad social ubicada geográficamente, más cercano a la idea de local. En tanto, el espacio hace referencia a las interacciones, a las dimensiones espaciales de la vida social que se desarrollan en los lugares. De ese modo, con la modernidad los lugares se van volviendo “fantasmagóricos” toda vez que las actividades que en la época premoderna estaban dominadas por la presencia, por encontrarse localizadas, en la modernidad pueden realizarse desde otros lugares.

Por su parte, Manuel Castells (2000 [1996]) señala que el lugar es una localidad cuya forma, función y significado están delimitados por las fronteras de la contigüidad física, pero que “no todos los lugares son socialmente interactivos y ricos en espacio. Son lugares precisamente porque sus cualidades físicas/simbólicas los hacen diferentes” (Castells, 2000 [1996]: 499). Y distingue dos tipos de espacio: el espacio de los lugares y el espacio de los flujos. En el caso de este último, como se desarrolla más adelante, corresponde a la manifestación espacial dominante

del poder y la función en nuestras sociedades, habiendo flujos de capital, de información, de tecnología y de imágenes, sonidos y símbolos.

Finalmente, Marc Augé (2000 [1992]) identifica dos tipos de lugares: el lugar antropológico y el no lugar, en donde el primero se corresponde con la identidad, es relacional e histórico, mientras que los no lugares son espacios que no pueden definirse por ninguno de esos elementos, como es el caso de autopistas, aeropuertos, hoteles, etc. Y la categoría espacio la define como superficies no simbolizadas del planeta, es un concepto más abstracto que lugar.

Ahora bien, para efectos de esta investigación usaremos indistintamente dichas categorías en la medida que nuestro problema de investigación tiende a englobar tanto lo que para algunos refiere a lugar y para otros a espacio.

1. Espacio como producto social y pieza clave del desarrollo del capitalismo tardío

El espacio considerado como un producto o construcción social y a su vez como una pieza clave en el desarrollo del capitalismo avanzando, encuentra en un grupo de teóricos marxistas en la segunda mitad del siglo XX una especial atención. Tal como señala Edward Soja (2008 [2000]), se trata de sociólogos y geógrafos que hacia 1970 iniciaron una variante neomarxista de estudios urbanos. “Esta escuela neo-marxista de Economía Política Urbana creó un nuevo paradigma de estudio de la ciudad y de su compleja geohistoria, que influiría profundamente y politizaría radicalmente el saber urbano hasta la actualidad” (Soja 2008 [2000]: 152). Básicamente, se está refiriendo al trabajo de Henri Lefebvre, David Harvey y Manuel Castells.

En el caso de Lefebvre (2013 [1974]), en 1974 publica su libro *La producción del espacio*, en el cual da cuenta de la imposibilidad de concebir tanto las relaciones sociales sin espacio como el espacio sin relaciones sociales. Insiste en considerar al espacio como producto (un conjunto de relaciones), en donde cada sociedad produce su espacio, y si bien éste pasa a ser un producto que se consume, participa igualmente de su producción. En sus palabras: “El espacio ya no puede concebirse como pasivo, vacío, como no teniendo más sentido que –al igual que sucede con los otros ‘productos’- ser intercambiado, consumido o suprimido. En tanto que producto, mediante interacción o retroacción, el espacio interviene en la producción misma: organización del trabajo

productivo, transportes, flujos de materias primas y de energías, redes de distribución de los productos, etc. A su manera productiva y productora, el espacio entra en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas” (prefacio de 1985 en Lefebvre, 2013 [1974]: 55). De ese modo, el espacio (social) es un producto (social), agrega. La tesis central que desarrolla el autor es que “el modo de producción organiza –produce su espacio y su tiempo (a la vez que algunas relaciones sociales)-” (prefacio de 1985 en Lefebvre, 2013 [1974]: 59).

Para algunos autores (Soja, 2008 [2000]), Lefebvre fue quien realmente inició una revolución conceptual en el campo de los estudios urbanos dando lugar a un “giro espacial” que se haría sentir no sólo en este ámbito académico, sino que en todas las ciencias humanas. Para Lefebvre, en la sociedad capitalista la ciudad estalla. Se refiere a la muerte de la ciudad, dando paso a lo “urbano”.

Distingue tres momentos del espacio social:

1. Práctica espacial: bajo el neocapitalismo (como lo llama el autor), la práctica espacial consiste en “una asociación en el espacio percibido entre la realidad cotidiana (el uso del tiempo) y la realidad urbana (rutas y redes que se ligan a los lugares de trabajo y vida privada)” (Lefebvre, 2013 [1974]: 97). Esto corresponde a lo que el autor denomina como *espacio percibido*.
2. Representaciones del espacio: se trata de los espacios de los científicos, planificadores, urbanistas. Es el espacio dominante en cualquier sociedad. “Las concepciones del espacio tenderían hacia un sistema de signos verbales –intelectualmente elaborados” (Lefebvre, 2013 [1974]: 97). Corresponde al *espacio concebido*.
3. Espacios de representación: “es el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan. Se trata del espacio dominado, es decir, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar” (Lefebvre, 2013 [1974]: 98). Corresponde al *espacio vivido*.

Señala que el capitalismo y el neocapitalismo producen un “espacio abstracto”, el que se constituye como una mercancía y funciona de esa manera, es decir, esconde las relaciones sociales que se producen en el espacio, y lo vuelve a éste como puro y sin conflicto. Se trata de

“una representación del espacio que se muestra pura, original, natural, que nos aleja del análisis de las relaciones sociales implicadas en la producción, ocultando las contradicciones y desigualdades que genera” (Martínez, 2013: 17, prólogo de Lefebvre, 2013 [1974]). Este espacio se apoya en las redes bancarias, comerciales e industriales, pero también en las autopistas, aeropuertos, redes de información, etc. Así, la ciudad se ha desintegrado, y se da lugar a “lo urbano”.

El espacio abstracto es un espacio instrumental que lo caracteriza una violencia inherente, la sustitución del habitar por el hábitat (que es un funcional), el espectáculo y la violencia, la disociación entre el deseo y las necesidades, y es un espacio represivo en el que abundan más las prohibiciones que libertades. En este caso, el sector inmobiliario pasa de ser un accesorio del capitalismo industrial y financiero a constituirse como uno de los motores de la dinamización de la economía a nivel mundial, en una espiral de destrucción y construcción (destrucción creativa de la que habla Harvey), manteniéndose los niveles necesarios de circulación del capital para que el capitalismo no colapse. De ese modo, el ámbito urbanístico-inmobiliario más una falta de regulación, se perfila como un excelente sector para la acumulación de capital (Martínez, 2013, prólogo de Lefebvre, 2013 [1974]).

En el caso de Harvey, su trabajo sobre el espacio se centra fundamentalmente en el poder y la lógica del capital. Para Soja (2008 [2000]), el mayor aporte de Harvey es la lectura espacial del análisis de Marx en relación a la lógica y funcionamiento interno del capitalismo, a su tendencia a las crisis, y el modo como se reestructura en sí mismo en función de una solución espacial. En su libro *Urbanismo y desigualdad* (Harvey, 1977 [1973]) señala que la pregunta “qué es el espacio”, debe intercambiarse más bien por “¿a qué se debe el hecho de que prácticas humanas diferentes creen y utilicen distintas conceptualizaciones del espacio?” (Harvey, 1977 [1973]: 6). Es decir, y tal como sucede en el caso de Lefebvre, no entiende por separado los procesos sociales de las formas espaciales, sino más bien siempre considerando la interacción entre ambos.

A partir de este trabajo publica más tarde su conocida obra *La condición de la posmodernidad* (Harvey, 1998 [1990]), en donde da cuenta de una relación entre las formas culturales posmodernas, el giro en la comprensión espacio-temporal del capitalismo y el surgimiento de modos flexibles de acumulación de capital. La hipótesis del autor, es que en la sociedad

capitalista, el dominio simultáneo del tiempo y el espacio constituye un elemento sustancial de poder social.

Uno de sus conceptos y aportes más reconocidos es lo que denomina como acumulación flexible, característica de esta época. La transición hacia este fenómeno se produce luego de la crisis del fordismo, a partir de la cual se intenta superar la rigidez de este último. Junto con eso, se despliegan nuevas formas de organización y tecnologías productivas, y se produce una aceleración general en los tiempos de rotación del capital. Las consecuencias que esto genera son:

- Una acentuación de la volatilidad y transitoriedad de las modas, productos, técnicas de producción, procesos laborales, ideas de ideología, valores y prácticas establecidas.
- Acentuación de los valores y virtudes de la instantaneidad y lo desechable.
- La volatilidad ha implicado o generar la capacidad de adaptarse a ella o dominarla, y en ese sentido, se observa la predominancia de una planificación a corto plazo, y la manipulación del gusto y la opinión, por medio del liderazgo de la moda o la saturación del mercado con imágenes que utilizan la volatilidad para fines particulares. En ambos casos, lo que se obtiene es la construcción de nuevos sistemas de signos e imágenes.

La acumulación flexible, tal como se señalaba, surge como una confrontación con el fordismo, intentando superar sus rigideces. Se caracteriza por una flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas de consumo; por la creación de nuevos sectores de producción, servicios financieros y nuevos mercados; y una gran innovación comercial, tecnológica y organizativa. Lo cual da como resultado un mayor desarrollo desigual, altos niveles de desempleo estructural, rápida destrucción y construcción de calificaciones, módicos aumentos en el salario real, y un retroceso en el poder sindical (que se constituía como uno de los pilares del fordismo).

Dentro de los cambios culturales que genera la acumulación flexible se encuentra el hecho de que la iniciativa empresaria caracteriza ámbitos como el gobierno urbano, el crecimiento del sector productivo informal, la organización del mercado laboral, la investigación y el desarrollo, y la vida académica, literaria y artística (Harvey, 1998 [1990]). Se promueve un individualismo.

De ese modo, la flexibilización del capital acentúa lo nuevo, lo transitorio, efímero y fugitivo de la vida moderna (Harvey, 1998 [1990]).

Otro de los conceptos clave de este autor es el de acumulación por desposesión, a través del cual intenta explicar cómo el capitalismo supera las crisis de excedentes de capital y de trabajo (Harvey, 2004). Pues en efecto, el capitalismo tiende a generar crisis que se manifiestan en un creciente desempleo (excedente de trabajo) y sobreabundancia de mercancías (excedente de capital), las que pueden ser absorbidas de tres formas: a) por un lado, mediante desplazamiento temporal en proyectos de largo plazo, como inversiones o gasto social; b) mediante desplazamientos espaciales a través de la apertura de nuevos mercados, y c) una combinación de ambas, que es lo que sucedería en esta fase del capitalismo. Es decir, se produce un ajuste espacio-temporal expresado en un aplazamiento temporal y en una expansión geográfica.

Agrega Harvey que, mientras el capitalismo resuelve su crisis de sobreacumulación, crea un paisaje físico a su propia imagen y semejanza en un momento, para destruirlo luego, en un proceso que denomina como “destrucción creativa”. Este concepto se vincula con la obra de Nietzsche y sería una de las principales características de la época contemporánea, o una clave para comprenderla, que se basaría a su vez, en una acumulación por desposesión. Al respecto, se basa en el trabajo de Marx sobre la acumulación originaria, pero en lugar de ubicarla únicamente como la condición necesaria para el desarrollo del capitalismo, postula que aún sigue ocurriendo. Así, dentro de los nuevos mecanismos de acumulación por desposesión que existen y dan cuenta del actual sistema de “depredación, robo y fraude o capitalismo contemporáneo” se encuentran el sistema de créditos y el capital financiero, el modo cómo operan los derechos de propiedad, y la depredación de los bienes ambientales globales y degradación ambiental.

En el caso de Castells (1985 [1974]), y al igual que Harvey, intenta prolongar en el campo del análisis del espacio los conceptos fundamentales del materialismo histórico. De ese modo, considera el espacio como un producto material en relación con otros elementos materiales, “los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los otros elementos de la combinación) una forma, una función, una significación social” (Castells, 1985 [1974]: 141). El espacio no es una fotocopia de la sociedad: es la sociedad misma, afirma de manera textual. Al intentar definir el espacio, señala que desde una dimensión física no es posible de hacer sin referir a la materia, y desde la teoría social no es posible sin referir a las prácticas sociales. Es

decir, se trata de un cruce entre prácticas y procesos materiales. Con esto, es imposible concebir una teoría del espacio por fuera de una teoría social general.

Haciendo una crítica general a la ecología humana de la Escuela de Chicago, señala que es necesario “superar la descripción de los mecanismos de interacción entre implantaciones y actividades para descubrir las leyes estructurales de la producción y del funcionamiento de las formas espaciales estudiadas” (Castells, 1985 [1974]: 152). De ese modo, para generar una teoría social del espacio se debe definir en primer lugar lo que es el espacio desde el punto de vista de las prácticas sociales, y luego identificar la especificidad histórica de las prácticas sociales, señala.

Como toda forma social, el espacio puede interpretarse a partir de la articulación histórica de varios modos de producción. Por modo de producción se refiere a la “matriz de combinación” entre los ámbitos fundamentales de la estructura social, a saber: económico, político-institucional e ideológico. En el caso del sistema económico, su expresión espacial se encuentra por medio de la dialéctica entre: “producción (expresión espacial de los medios de producción), consumo (expresión espacial de la fuerza de trabajo) y un elemento derivado, el intercambio, que resulta de la espacialización de las transmisiones entre la producción y el consumo en el interior de la producción y en el interior del consumo” (Castells, 1985 [1974]: 154). En el caso del sistema político-institucional, su articulación con el espacio se da en torno a la relación de dominación-regulación y de integración-represión. Por su parte, el vínculo con el espacio del sistema ideológico se expresa mediante “una red de signos, cuyos significantes se componen de formas espaciales y los significados, de contenidos ideológicos, cuya eficacia debe medirse por sus efectos sobre el conjunto de la estructura social” (Castells, 1985 [1974]: 155).

Esta ligazón entre lo urbano y lo social, para el autor, responde al modo como es delimitado el espacio en el capitalismo avanzado y a la estructura interna del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Es decir, “hay unidades urbanas en la medida en que hay unidades de este proceso de reproducción, definidas sobre la base de un cierto espacio de la fuerza de trabajo” (Castells, 1985 [1974]: 474).

2. Principales transformaciones y rasgos del espacio urbano contemporáneo

Asociado al desarrollo del capitalismo tardío y a la lógica de una ciudad neoliberal, se habla en la actualidad de distintos fenómenos que han afectado al espacio urbano y son característicos de la época contemporánea. Entre ellos se encuentra el extractivismo urbano, la gentrificación, la segregación, la homogeneización de los espacios y el posicionamiento de los flujos como el lugar por antonomasia del presente siglo. A continuación se profundiza en cada uno de ellos.

a. Extractivismo urbano, gentrificación y segregación

El extractivismo urbano es uno de los fenómenos espaciales interpretado en el marco de la ciudad neoliberal y de una concepción del espacio en términos netamente mercantiles y de una alta especulación del suelo y la vivienda. En su definición originaria, el extractivismo se entiende como una explotación intensiva o a gran escala de recursos naturales, tanto renovables como no renovables, en donde el grado de procesamiento es nulo, y los bienes que se extraen se destinan fundamentalmente hacia la exportación (Portillo, 2014: 15). Aplicado al espacio urbano, por tanto, éste pasa a funcionar con la misma lógica que el extractivismo, como los monocultivos y la megaminería, en donde los inmuebles se constituyen como verdaderos *commodities* (Viale, 2017).

El extractivismo en las ciudades se vincula con la apropiación privada de un excedente que se produce de forma colectiva; es decir, lo que se apropia en la ciudad con la misma lógica que se aplica sobre los recursos naturales son las rentas que genera el espacio urbano (Granero, 2017: 70). Esto ha generado un conjunto de problemáticas que caracterizan a la ciudad neoliberal, tales como: la especulación inmobiliaria, la entrega desproporcionada de tierra pública para emprendimientos privados, la gentrificación, el crecimiento de los desalojos violentos, la crisis habitacional, el aumento de las inundaciones y el agravamiento de sus efectos sobre la población (Vásquez, 2017: 106).

Vinculado al extractivismo urbano, se encuentra la denominada gentrificación, que en los últimos años ha cobrado gran relevancia dentro de los estudios urbanos. El término se usa por primera vez en 1964 por la geógrafa inglesa Ruth Glass, a propósito del proceso de renovación

de las viviendas del barrio londinense, y el posterior desplazamiento de los habitantes de la clase trabajadora (Observatorio Metropolitano de Madrid, 2015: 19). Sin embargo, uno de los textos considerado fundadores es el realizado por Roslyn Deutsche y Cara Ryan en 1984, en donde analizan el caso de la ciudad de Nueva York y cómo es que el mundo artístico y cultural se constituye como un importante factor del aumento de valor de las propiedades inmobiliarias y promueve procesos de regeneración urbana con desplazamiento de la población originaria. En efecto, identifican ciertos barrios centrales empobrecidos de Manhattan y el cambio que genera en su composición social la inyección de proyectos de galerías de arte.

De ese modo, en la actualidad y especialmente para el caso de las ciudades europeas y norteamericanas, la gentrificación suele entenderse como “la recuperación de los centros históricos antiguos por las clases medias y altas acompañado de la evicción de los habitantes pobres del centro de la ciudad a la periferia” (Aymerich, 2004: 21). Se afirma que la gentrificación constituye “una expresión clara del extractivismo urbano en la medida en que permite incorporar al mercado zonas de la ciudad degradadas, en desuso u ocupadas históricamente por sectores populares” (Di Virgilio, 2017: 100). Ahora bien, en lo que respecta a América Latina, aun cuando es posible identificar algunos casos que se corresponden con esta definición, el proceso ha adquirido algunos matices que es necesario destacar.

Uno de los elementos en que existe un debate en relación al caso europeo o norteamericano es el factor de expulsión de la población. Como señalábamos, comúnmente se entiende la gentrificación como un proceso mediante el cual la invasión de clases más acomodadas en sectores empobrecidos de la ciudad provoca un desplazamiento forzoso de estos últimos. Sin embargo, en América Latina es posible identificar proyectos inmobiliarios que no necesariamente implican esta situación. Al respecto, en la región se estaría produciendo un proceso de gentrificación *sui generis* en las zonas periféricas populares de sus ciudades, con proyectos residenciales y comerciales dirigidos a los tramos más altos de la demanda (Sabatini, Sarella y Vásquez, 2009: 18). Se trataría de condominios cerrados y shoppings dirigidos a usuarios de ingresos medios y altos que se están instalando en los sectores de la periferia urbana de bajos ingresos (Sabatini, Sarella y Vásquez, 2009: 19), lo cual no implicaría una expulsión de la población originaria, sino que incluso una posible reducción de niveles de segregación. De ese modo, si bien se cumplirían dos rasgos centrales de la gentrificación, como es la invasión de un

área interna de la ciudad por grupos con mayor poder adquisitivo y el aumento de los precios del suelo de la zona, esto no iría acompañado necesariamente de una expulsión. Junto con esto, y para el caso chileno particularmente, otros estudios (López-Morales, 2013) afirman que la renovación urbana en altura en las zonas céntricas sería la forma más dominante de gentrificación, en donde si bien se provocaría un nivel de desplazamiento, esto no se correspondería con la formación de un elitismo cultural como sería en los casos europeos o norteamericanos. Ahora bien, es posible señalar algunos casos particulares, como los barrios San Telmo en Buenos Aires o Yungay en Santiago de Chile, en donde parecen predominar las características tradicionales de la gentrificación, con lo cual, se evidencia una mayor complejidad del modo cómo este fenómeno se está desarrollando en la región.

En cuanto a la segregación urbana, ésta puede estar vinculada o motivada por una división funcional o social del espacio:

- División funcional del espacio: se refiere a la “localización diferenciada de actividades y funciones en el espacio urbano” (Aymerich, 2004: 117), de producción, de intercambio de personas, bienes y servicios, de gestión, de consumo del espacio, tanto residencial como de equipamientos colectivos.
- División social del espacio: hace referencia solamente a un aspecto de la división funcional, a saber, la del “consumo residencial del espacio como ocupación de aquel por grupos sociales distintos y la segregación significa en este caso la organización del espacio en zonas residencial de fuerte homogeneidad interna y una fuerte disparidad social entre ellas”. De ese modo, segregación socioespacial en un sentido amplio, refiere a “la diferenciación residencial en la totalidad urbana según criterios diversos; división socioeconómica del espacio”, mientras que en un sentido restringido, refiere a “espacios de fuerte homogeneidad interna cuyos atributos son la pobreza y la exclusión” (Aymerich, 2004: 118).

Así, en relación a la división social del espacio, la segregación residencial se corresponde con la “aglomeración en el espacio de familias de una misma condición social, más allá de cómo definamos las diferencias sociales. La segregación puede ser según condición étnica, origen migratorio, etaria o socioeconómica, entre otras” (Sabatini, 2006: 7). Es decir, comprende aspectos como el grado de concentración espacial de los grupos sociales, la homogeneidad social

que presentan las distintas áreas internas de las ciudades, y el prestigio (o desprestigio) social de las distintas áreas o barrios de cada ciudad (Sabatini, 2006).

Más específicamente, se identifican cinco dimensiones tanto para la definición como para la medición de la segregación. Se trata de: uniformidad, exposición, concentración, centralización y conglomeración. De ese modo, se dice que un grupo está segregado residencialmente cuando se encuentra altamente centralizado, espacialmente concentrado, distribuido de manera desigual, muy agrupado y mínimamente expuesto a los miembros de la mayoría (Massey y Denton, 1988: 283).

- Uniformidad: se refiere a la distribución diferencial de dos grupos sociales entre unidades de área en una ciudad. Se dice que un grupo minoritario está segregado si se distribuye de manera desigual sobre las unidades de área.
- Exposición: la exposición residencial se refiere al grado de contacto potencial, o la posibilidad de interacción, entre los miembros de grupos minoritarios y mayoritarios dentro de las áreas geográficas de una ciudad.
- Concentración: versa sobre la cantidad relativa de espacio físico ocupado por un grupo minoritario en el entorno urbano. Se dice que los grupos que ocupan una pequeña porción del área total en una ciudad están concentrados en el ámbito residencial.
- Centralización: está relacionada con la concentración, pero es conceptualmente distinta. La centralización es el grado en que un grupo está ubicado espacialmente cerca del centro de un área urbana. Los grupos que se instalan cerca de las zonas urbanas generalmente también tienden a estar espacialmente concentrados, pero no es necesario.
- Conglomeración: la última dimensión de la segregación residencial es el grado de conglomeración espacial exhibido por un grupo minoritario, es decir, el grado en que las unidades de área habitadas por miembros de la minoría se juntan entre sí o se agrupan en el espacio.

b. Homogeneización de espacios

Uno de los aspectos más destacados por la mayoría de los autores vistos en relación a lo que caracteriza a los espacios urbanos en la actualidad es la homogeneización que se estaría

produciendo entre ellos. Uno de los conceptos que intenta abordar este problema es el de “urbanización”, creado por el geógrafo español Francesc Muñoz (2008). Este autor señala que en la actualidad más que Planeta Tierra, habría que hablar de Planeta Ciudad, haciendo referencia a la ilusión de que nos encontraríamos en un solo espacio urbano debido a las similares características que presentan los grandes centros urbanos del mundo. Como consecuencia de la globalización el paisaje urbano se ve afectado, haciendo los lugares más similares y genéricos que singulares y específicos. Las ciudades actualmente se encuentran orientadas al consumo, ocio y turismo, siendo sus periferias destinadas a poblaciones y residencias.

En este contexto, los espacios públicos son utilizados como playas de ocio, la seguridad y vigilancia tiende a ser estandarizada, y es posible observar en distintos paisajes urbanos una multiplicación de barrios residenciales de casas en hileras, configurando así un tipo de urbanización banal o bien, una “urbanización”. En este proceso se genera un “indiferentismo espacial”, es decir, una semejanza morfológica entre espacios que podrían haber sido considerados como diferentes en épocas anteriores. Se trata de paisajes temáticos que se definen por su aterritorialidad, que se crean independientemente del lugar en el que se encuentren emplazados, que no refieren necesariamente a las características del territorio ni guardan relación con sus contenidos físicos, sociales o culturales. Estos paisajes son reducidos, entonces, “a sólo una de las capas de información que lo configuran, la más inmediata y superficial: la imagen” (Muñoz, 2008). Más aún, la actual producción urbana globalizada estaría orientada al consumo de su imagen, independientemente de donde se encuentre físicamente el visitante.

Ahora bien, Muñoz (2008) repara en que, en lugar de hablar de igualación u homogeneización de los espacios, habría que pensar en términos de estandarización y conmensurabilidad, o bien de una gestión de las diferencias. Así, las diferencias que pueden presentar los distintos lugares, la globalización los vuelve comparables y medibles, es decir, estandariza los criterios para su comprensión. De ese modo, la urbanización se constituye como un proceso que domestica y encuadra las diferencias, en una narración que resulte comprensible para cualquier persona y comparables entre sí.

Dentro de este proceso de homogeneización o estandarización de las diferencias, es indiscutible que espacios como los aeropuertos y centros comerciales emergen como representativos de este

fenómeno. Estos *no lugares*, como los llama Augé (2000 [1992]) son reproducidos de manera idéntica en la mayoría de las ciudades en Occidente. En el caso de los centros comerciales, y siguiendo el análisis de Beatriz Sarlo (2006), se trata de unos “simulacros de ciudad”, una “cápsula espacial” acondicionada de tal manera que se pueden realizar todas las actividades reproductivas de la vida. De ese modo, además de ser muy similares las construcciones de estos espacios entre sí y la estética que los caracteriza, poseen una lógica o un lenguaje universal que permite transitarlo sin problemas aun cuando no se pertenezca a la cultura o no se hable el mismo idioma, es decir, independientemente de la ciudad en que se encuentre, el turista o extranjero encuentra en el centro comercial una familiaridad haciendo que se sienta como en casa.

Junto con lo anterior, en el marco de la denominada tercera revolución urbana (Ascher, 2007 [2001]), correspondiente con la tercera modernidad descrita en el capítulo anterior, tienen lugar cinco transformaciones: metapolitización; transformación de los sistemas urbanos de movilidad; formación de espacios-tiempos individuales; redefinición de la correspondencia entre intereses individuales, colectivos y generales; y nuevas relaciones de riesgo. La primera de ellas, es decir, la metapolitización se inscribe dentro del fenómeno de homogeneización de espacios. Ésta consiste en un doble proceso de: metropolitización y formación de nuevos tipos de territorios urbanos (las metápolis). En otras palabras, se trata de la combinación entre el proceso de concentración de las riquezas humanas y materiales en las aglomeraciones más importantes, resultado de la globalización y profundización de la división del trabajo, que sería la metropolitización, y las grandes conurbaciones extensas y discontinuas, heterogéneas y multipolarizadas, correspondientes a las metápolis.

La metapolitización produce un doble proceso de homogeneización y diferenciación: homogeneización toda vez que los mismos actores o el mismo tipo de actores económicos y su lógica se encuentran presentes en todos los países y ciudades; y diferenciación en la medida que “la competencia interurbana es mayor y más profunda, acentuando la importancia de las diferencias” (Ascher, 2007 [2001]: 58).

c. Los flujos: una de las principales características del espacio contemporáneo

Otra de las formas con que se tiende a caracterizar al espacio de la época contemporánea es la de un constante flujo. En términos de Manuel Castells (2000 [1996]), y su concepto de sociedad red, habría que hablar del “espacio de los flujos”. Al respecto, señala que a cada sociedad le corresponde un tipo de espacio, una manifestación espacial dominante del poder y la función, siendo el de la época contemporánea un espacio de los flujos. En sus palabras, este espacio “es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos” (Castells, 2000 [1996]: 488). Distingue cuatro tipos de flujos: de capital, de información, de tecnología y de imágenes, sonidos y símbolos.

Define flujo como “secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programadas entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad” (Castells, 2000 [1996]: 488). Distingue tres capas del espacio de los flujos:

- Una base material (circuitos electrónicos).
- Nodos y ejes (los lugares específicos con los que conecta la red electrónica).
- Organización espacial de las elites gestoras dominantes (más que clases) que ejercen funciones directrices en torno a las que ese espacio se articula.

Lo que resulta importante destacar al respecto, es que esta ciudad red que describe Castells, no se refiere a un lugar, sino a un proceso. Más específicamente, “un proceso mediante el cual los centros de producción y consumo de servicios avanzados y sus sociedad locales auxiliares se conectan en una red global en virtud de los flujos de información, mientras que a la vez restan importancia a las conexiones con sus entornos territoriales” (Castells, 2000 [1996]: 463). Se trata de la ciudad informacional, la que está basada en el conocimiento, organizada en torno a redes y compuesta en parte por flujos.

Junto con el concepto de sociedad red, este autor hace referencia a las *megaciudades*, las que se constituyen como la urbanización del tercer milenio. En el marco de la nueva economía global y la sociedad informacional, este nuevo tipo de ciudad si bien coincide con que poseen un tamaño y un nivel de población importante, eso no es lo que las define. Las megaciudades se constituyen en “los nodos de la economía global y concentran las funciones superiores de dirección,

producción y gestión en todo el planeta; el control de los medios de comunicación; el poder de la política real; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes” (Castells, 2000 [1996]: 481). De igual forma, estas megaciudades son “las depositarias de todos los segmentos de la población que luchan por sobrevivir, así como de los grupos que quieren hacer visible su abandono, para no morir olvidados en zonas sorteadas por las redes de comunicación” (Castells, 2000 [1996]: 482). Señala que lo más significativo de este tipo de ciudad es que mientras se encuentran conectadas al exterior con las redes globales dominantes, no lo están con sus poblaciones locales vistas como innecesarias socialmente desde el punto de vista dominante.

Por otro lado, también en relación a la idea de flujos, se encuentran los conceptos de megalópolis, posciudad y posturbano, que desarrolla el filósofo francés Olivier Mongin (2006). Estos conceptos se enmarcan dentro del estudio de los cambios que ha sufrido la ciudad en las últimas décadas, especialmente a partir del siglo XX. Este autor contrapone dos tipos de ciudades o, como lo llama él, dos sentidos de la condición urbana. Por un lado, se encontraría una suerte de tipo ideal de ciudad, la que refiere al sentido más político en tanto “experiencia específica y multidimensional”; y por otro, la condición urbana que corresponde a la época contemporánea, en la que justamente se encuentran términos como ‘metrópolis’, ‘megapolis’, ‘megalópolis’, ‘ciudad mundo’, ‘ciudad global’ y ‘metapolis’ (Mongin, 2006: 21).

De ese modo, para Mongin (2006), el modelo de ciudad europea se encuentra en vías de fragilización y de marginación, y en su lugar se impone una “metropolización, que es un factor de dispersión, de fragmentación y multipolarización” (Mongin, 2006: 19). De ese modo, surge el concepto de “posciudad”, la que refiere a “una etapa en la que entidades ayer circunscritas en lugares autónomos, ahora dependen de factores exógenos, principalmente, los flujos tecnológicos, las telecomunicaciones y los transportes” (Mongin, 2006: 16); y el de “megalópolis”, que corresponden a las “ciudades masa” o “ciudades mundo”.

En relación a la segunda condición, por tanto, más que los lugares, lo que se imponen son los flujos. Asimismo, y al contrario de quienes hablan de un fin de los territorios, lo que estaría sucediendo es una reterritorialización, es decir, una reconfiguración de los territorios, que separa y fragmenta. En este contexto, el autor llega a cuestionar la posibilidad misma de la democracia, pues señala que esta “evolución de la experiencia urbana debilita considerablemente la dimensión política de la ciudad” (Mongin, 2006: 25), y apela a preguntarse “el papel que le cabe

a la experiencia urbana y la constitución de lugares que promuevan la *vita activa*” (Mongin, 2006: 26), y si los lugares creados por la reterritorialización en curso “permiten que se los habite y si favorecen la institución de prácticas democráticas en los espacios urbanizados” (Mongin, 2006: 26).

Otra forma de interpretar el espacio de la sociedad contemporánea como flujo, es el concepto de *no lugar* que desarrolla Augé (2000 [1992]). Como se señalaba más arriba, Augé contrapone el lugar antropológico (que estaría dotado de identidad e historia) a los no lugares, caracterizados por no presentar ningún tipo de identidad. Entre éstos se encuentran espacios como: vías aéreas y ferroviarias, autopistas, medios de transporte, aeropuertos y estaciones ferroviarias, estaciones espaciales, cadenas hoteleras, parques de recreo, supermercados, etc. Es decir, lugares de tránsito, fundamentalmente, por los que “fluyen” personas y también mercancías.

Dos realidades complementarias pero distintas se vinculan a los no lugares: por un lado, los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y por otro, la relación que los individuos mantienen con esos espacios. Para este autor, la sobremodernidad impone sobre las personas nuevas experiencias de soledad que se encuentran directamente relacionadas con la aparición y proliferación de los no lugares. Así, mientras los lugares antropológicos crean lo social orgánico y los no lugares crean la contractualidad solitaria.

De ese modo, uno de los efectos de la constitución del espacio como flujo principalmente, es que se crearía una suerte de identidad pero basada en el anonimato, y vinculada a los roles de pasajeros, clientes, conductores, etc. Es decir, el tránsito ya sea por aeropuertos, autopistas, centros comerciales, entre otros, genera una semejanza entre los individuos, una “relación contractual”, pero en soledad, por medio de un anonimato. En palabras del autor, “el espacio del no lugar no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud” (Augé, 2000 [1992]). Tampoco hay lugar para la historia, se vive en el presente.

Opone entre:

Tránsito	Residencia o vivienda
Intersecciones	Cruces de ruta
Pasajero	Viajero
Comunicación	Lengua

Por tanto, para Augé (2000 [1992]) una de las principales contradicciones de los espacios de la sobremodernidad es que si bien se constituyen de individuos (clientes, pasajeros, usuarios, oyentes), éstos no se encuentran identificados, socializados ni localizados (nombre, profesión, lugar de nacimiento, domicilio) más que a la entrada o a la salida de estos espacios.

Recapitulando, hemos observado un conjunto de cambios en el espacio urbano característicos de la época contemporánea o aquella que se comienza a perfilar en las últimas cuatro décadas en las sociedades occidentales. A partir del paso de un capitalismo industrial a uno financiero, es posible advertir un rol activo del espacio en dicha configuración, participando como productor y no sólo como producto. Fundamentalmente, destaca el papel del sector inmobiliario en el dinamismo del actual capitalismo, el que tiene consecuencias más allá del nivel financiero: contribuye a la estructuración del espacio urbano, a través de fenómenos socioespaciales como la gentrificación y la segregación. Junto con eso, vimos cómo se han producido cambios en las representaciones de las ciudades y el consumo de sus imágenes por medio de procesos de homogeneización de los espacios a nivel mundial. Y advertimos el modo en que los flujos tanto de personas como de información y capital han modificado la concepción de los lugares. Lo que resulta interesante de todas estas transformaciones, es que guardan características susceptibles de ser analizadas desde una dimensión estética, como podremos ver a continuación.

III. Trayectorias, imágenes y partición. Una propuesta para interpretar las transformaciones espaciales desde una dimensión estética

Luego de haber revisado en profundidad las características que dan forma a la época contemporánea, y las transformaciones espaciales que han ocurrido en las últimas décadas, en este tercer capítulo se abordan los elementos que componen una dimensión estética de los cambios en el espacio urbano, o que contribuirían a una interpretación estética. Como se pudo ver en los dos capítulos anteriores, asistimos en la actualidad a la experimentación de un conjunto de cambios relativos al espacio urbano que marcan y sellan de una manera particular nuestra época. Entre ellos, se encuentra el avance de las tecnologías de la información y comunicación que conlleva una modificación en la forma de comprender las distancias, al igual que la creación de nuevos medios de transporte; junto con eso, una creciente cantidad de flujos de todo tipo, desde información e imágenes hasta personas; asimismo, una mayor privatización del suelo urbano, generando procesos de desigualdad en el uso y apropiación del espacio, y una homogeneización de los lugares a causa de la globalización y el modelo económico neoliberal.

En ese sentido, el objetivo de este capítulo es abordar dichas transformaciones desde una dimensión estética sirviéndonos del desarrollo teórico de autores contemporáneos que, o bien abordan el problema del espacio urbano desde un análisis estético directamente, o bien su marco conceptual nos permite incorporar categorías para una interpretación estética. Sin embargo, se trata de una concepción no convencional de la estética, lo que permite crear un cuerpo teórico novedoso para el estudio del vínculo entre espacio urbano y estética. En efecto, y como veremos a continuación, su trabajo nos permite trenzar los aspectos sociales y políticos de la época actual con la experiencia (social) que implica recorrer o habitar un espacio.

Se trata de los conceptos “Radicante” de Nicolas Bourriaud (2009), “Producción imaginal de lo social” de Esteban Dipaola (2010) y “Reparto de lo sensible” de Jacques Rancière (2009 [2000]), a partir de los cuales identificamos tres ejes que debieran guiar un análisis de las transformaciones espaciales desde una dimensión estética en el marco de las características centrales de la época contemporánea, que hemos denominado como: Trayectorias, Imágenes y Partición, respectivamente. Como se observa en el cuadro N°2, es posible realizar una

correspondencia entre las características de la época contemporánea con los cambios en el espacio urbano, y categorías de análisis estético.

Cuadro N°2

Correspondencia entre características de la época contemporánea y el espacio urbano y categorías de análisis estético

Característica época contemporánea	Característica del espacio urbano	Categoría de análisis estético
Globalización e interdependencia	Espacio como flujo	Radicancia
Tecnologías de la información y la comunicación y sociedad reticular	Homogeneización de espacios y consumo de imágenes	Producción imaginal de lo social
Capitalismo financiero y acumulación flexible	Extractivismo urbano, segregación y gentrificación	Reparto de lo sensible

Fuente: elaboración propia.

Así, en el caso de Trayectorias, lo vincularemos con los cambios relativos a los distintos tipos de desplazamientos y flujos de la población en la actualidad, a partir del concepto de Radicancia. En el caso de Imagen, se van a abordar los fenómenos relacionados con homogeneización de espacios y consumo de imágenes en los espacios urbanos, desde la categoría de Producción imaginal de lo social. Y finalmente, el concepto de Partición lo vincularemos con cambios asociados a la distribución que se hace de los espacios y suelo urbano, tales como la segregación y gentrificación, en los que se ven afectados ciertos grupos de la población, bajo el concepto de Reparto de lo sensible.

1. Trayectorias

Como se vio en el capítulo anterior, una de las características del espacio en la actualidad es que construye por el recorrido que en él se hace. A diferencia de comienzos de la modernidad, donde la producción de mapas y globos terráqueos representaban en gran medida lo que se entendía por espacio, en la actualidad cada vez importan menos las fronteras o definiciones a priori, dando lugar a la experiencia misma del espacio y los tránsitos y trayectorias. Para abordar esta

problemática, uno de los conceptos en que nos basaremos es el de *Radicante* de Nicolas Bourriaud (2009).

En su libro homónimo, el autor comienza cuestionándose por la ausencia de una perspectiva estética en el estudio de los fenómenos asociados a la globalización, o más bien, de lo escasa que resulta en comparación a interpretaciones sociológicas, políticas o económicas. En ese sentido, el autor se propone desarrollar un análisis desde una dimensión estética, revisando los discursos modernista y posmodernista, y proponiendo los conceptos de altermodernidad y radicante, que son los que desarrollaremos a continuación.

Bourriaud (2009) parte señalando que gran parte de las teorías estéticas que surgieron en torno al poscolonialismo fracasaron toda vez que la crítica que realizaron a la ideología modernista terminó en un relativismo absoluto o todo tipo de esencialismos. Cuestiona ciertos discursos posmodernos en torno a la cultura, especialmente la idea de hibridación o diversidad cultural, los que en lugar de dar cuenta de procesos de integración implican realmente la inserción de las diversas culturas al modelo predominante occidental. Citando a Toni Negri y Michael Hardt, señala que a través de nociones como la diferencia, la multiplicidad de culturas, el mestizaje y la diversidad, que son los discursos que el poscolonialismo defiende y que se asocian al posmodernismo, se contribuye a la lógica por la cual el capital opera, es decir, a través de ideales de consumo. En sus palabras: “lo que desea el poder son sujetos que enuncien ellos mismos su identidad para facilitar su clasificación estadística. Y lo que desea el mercado del arte es disponer de categorías simples e imágenes reconocibles para facilitar la distribución de sus productos” (Bourriaud, 2009: 36). Agrega que el posmodernismo estético se basa en el mismo discurso de desterritorialización en que se funda el capitalismo.

Por otro lado, el posmodernismo fija su atención en la pertenencia al lugar, generando una suerte de exaltación por la raíz. De ese modo, se pasa de un totalitarismo a otro: del universalismo abstracto del modernismo a la idea de la lucha de identidades. En relación a esto, el autor señala que nos encontramos en una suerte de “cortesía estética posmoderna”: “una actitud que consiste en negarse a emitir cualquier juicio crítico por miedo a herir la susceptibilidad del otro” (Bourriaud, 2009: 28). Es decir, desde una cultura occidental dominante, el intento por reconocer al otro tiene como resultado un discurso igualmente discriminador, si bien en este caso, de manera positiva, al asumir que el otro posee una verdad histórica y política.

Frente a este escenario posmoderno, lo que propone el autor es una interpretación totalmente distinta, bajo el concepto de altermodernidad. Como se pudo ver en el primer capítulo, la altermodernidad se constituiría como la modernidad del siglo XXI, la cual “designa un plan de construcción que permitiría nuevas interconexiones culturales, la construcción de un espacio de negociaciones que superarían el multiculturalismo posmoderno, más atento al origen de los discursos y de las formas que a su dinamismo. A esta pregunta de la procedencia, hay que sustituir la del destino. ¿Adónde ir? Esa es la pregunta moderna por excelencia” (Bourriaud, 2009: 44).

De ese modo, el autor intenta dejar en claro que el discurso estético posmoderno, especialmente la teoría poscolonial, exalta la alteridad como portadora de una verdad, y en donde se pretende interpretar su cultura según sus códigos y sus referencias, lo cual deriva en un trato diferenciado. Por el contrario, lo que propone es intercambiar dicha lectura por una *traducción*, lo cual significa “adaptar el sentido de una proposición, hacerla pasar de un código a otro, lo que implica que se dominen ambos idiomas” (Bourriaud, 2009: 31). Por medio de este acto, se podría reemplazar ese “esfuerzo ético elemental” atribuido al reconocimiento del otro como tal.

Contra esta exaltación por la raíz, lo que enfatiza el autor como rasgo característico de la sociedad contemporánea son las prácticas portátiles, y recurre al concepto de *radicante* para dar cuenta del sujeto propio de este siglo. Lo define como “un organismo que hace crecer sus raíces a medida que avanza. Ser radicante: poner en escena, poner en marcha las propias raíces en contextos y formatos heterogéneos, negarles la virtud de definir completamente nuestra identidad, traducir las ideas, transcodificar las imágenes, transplantar los comportamientos, intercambiar en vez de interponer” (Bourriaud, 2009: 22).

El autor señala que figuras como el inmigrante, el exiliado, el turista y el errante son predominantes en la cultura contemporánea. En ese sentido, en lugar de una única raíz, estas situaciones generan la emergencia del radicante, “cuyas raíces crecen según su avance” (Bourriaud, 2009: 57). Así, el sujeto contemporáneo se debate entre “la necesidad de un vínculo con su entorno y las fuerzas del desarraigo, entre la globalización y la singularidad, entre la identidad y el aprendizaje” (Bourriaud, 2009: 57).

Define la realidad actual como la era de los flujos migratorios, del nomadismo planetario y de la mundialización de los flujos financieros. De ese modo, la noción misma de espacio se ve modificada, en donde lo fijo y lo sedentario ya no se constituyen como las definiciones por antonomasia, sino que son una opción entre otras. Así, en un contexto de “precariedad espacial” (vinculado a las precariedades de la vida contemporánea), el radicante es el habitante por excelencia y “perito en el desprendimiento de las pertenencias” (Bourriaud, 2009: 63). El autor afirma que “el mayor hecho estético de nuestro tiempo reside en el cruce de las propiedades respectivas del espacio y del tiempo, que transforma a este último en un territorio tan tangible” como la habitación o calle en la que se pueda estar (Bourriaud, 2009: 89). De ese modo, uno de los rasgos que caracterizaría a la época contemporánea son los desplazamientos, y la trayectoria que generan. La figura del radicante remite a eso, al recorrido.

Cuestiona tanto el arraigo identitario, que distingue entre un nosotros y un otros, como la radicalidad moderna a partir de la cual se concibió la humanidad entera como un reinicio. Lo que propone es pensar en “un sujeto individual o colectivo sin anclaje, sin punto fijo, sin amarras” (Bourriaud, 2009: 56). Es enfático en señalar que ante la uniformización cultural que genera la globalización, lo que se vuelve más importante son los datos que se portan, lo movable más que la realidad local. Así, en el caso del inmigrante, su cultura se crea a partir de las prácticas de la vida cotidiana, en las imágenes, la ropa, la cocina y los rituales propios. De acuerdo a lo anterior, la figura del radicante no constituye una identidad estable, antes bien, dicho sujeto “existe únicamente bajo la forma dinámica de su errancia y por los límites del circuito que delinea, y que son sus modos de visibilidad: en otros términos, es el movimiento lo que permita al final la constitución de una identidad” (Bourriaud, 2009: 61).

Por otro lado, vinculado a la estética y los artistas, Bourriaud (2009) también propone el concepto de *semionauta* para interpretar algunas de las acciones que se llevan a cabo en la actualidad. Dicha categoría está compuesta de los conceptos *signo* y *navegante*; con lo cual, realiza una metáfora de cómo el artista radicante realiza recorridos entre los signos como un semionauta, en donde el gesto que realiza es el de la traducción. Esta última, señala el autor es “por esencia, un desplazamiento: hace que el sentido de un texto se mueva de una forma lingüística a otra” (Bourriaud, 2009: 60).

En síntesis, lo que nos interesa destacar de la propuesta teórica de este autor, es la manera que en hace uso de elementos estéticos para interpretar la época contemporánea y los fenómenos espaciales asociados a ella. Especialmente, nos permite abordar problemáticas relativas a desplazamientos de la población, tales como la inmigración. De ese modo, partiendo de una crítica a los discursos estéticos posmodernos, Bourriaud define al sujeto característico del siglo XXI como un radicante, es decir, una figura que crea su identidad a partir de los movimientos y trayectorias que realiza en el espacio, en donde, en lugar de apelar a la raíz, se le otorga valor a los espacios en los que habita, los destinos, que es donde despliega su cultura. Junto con eso, el concepto de semionauta también nos permite comprender el ejercicio estético que se realiza en la actualidad. Es decir, intenta dar cuenta del recorrido que realizamos los sujetos por los distintos signos con los cuales convivimos a diario. Y lo que señala el autor es que dicho recorrido por los signos implica una *traducción*, o bien, desplazar el sentido de un texto o una forma lingüística hacia otra.

Retomando algunos elementos de Bourriaud, otro autor que también enfatiza en las trayectorias como una característica del espacio contemporáneo es Esteban Dipaola (2015; 2013; 2010). Este sociólogo argentino, se basa en gran parte de los autores vistos en los dos capítulos anteriores y comparte sus diagnósticos respecto de las transformaciones que se han producido en las sociedades occidentales a partir de la década de 1960, tanto en las dimensiones culturales y económicas como también espaciales. Haciendo uso de la tesis de Harvey respecto del paso de una acumulación capitalista rígida a una flexible, señala que se transformó el “régimen de visibilidad de la ciudad” (Dipaola, 2015: 229).

Para este autor, el lugar se constituye como una estética en sí misma, especialmente a partir de los elementos señalados anteriormente, es decir, los trayectos, las bifurcaciones, los pasajes y las imágenes (Dipaola, 2013). Contrapone la representación del espacio a la expresión del mismo. Es decir, si bien la primera aproximación que tenemos del lugar es cartográfica, en la medida que reconocemos y podemos identificar sus límites y formas geográficas, posteriormente, la propia experiencia de transitarlo generará una apreciación particular, independiente de la representación cartográfica, y es lo que el autor denomina como expresión del lugar. De ese modo, “la expresión se contrapone a la representación porque si esta última fija y delimita una concepción homogénea y rígida o estandarizada del lugar, contrariamente, la expresión indica su

multiplicidad de significados, sus pasajes, su fluidez, su dispersión y despliegue” (Dipaola, 2013: 31).

Junto con eso, intenta dar cuenta de la emergencia de una experiencia del lugar como “dispositivo estético”: “modalidades múltiples de organización, tramas o disposiciones flexibles y móviles que no se definen desde la unidimensionalidad o cierta condición de clausura, sino que contienen la propiedad de variar de acuerdo con las condiciones del contexto o del estado de cosas” (Dipaola, 2015: 230). De ese modo, señala que una ciudad como dispositivo es aquella que no puede ser representada o cartografiada, sino que sólo puede ser apropiada a través de la experiencia. La ciudad es considerada un dispositivo estético porque no representa su imagen o su signo, sino que al contrario, posibilita la intervención de múltiples interpretaciones que la desligan de una definición única (Dipaola, 2015: 235). De ese modo, la ciudad pierde su centro y sus coordenadas geográficas específicas, y se convierte en multipolar y abierta a una pluralidad de relatos y significaciones (Dipaola, 2015). Junto con eso, concibe la ciudad como un artefacto tecnológico, es decir, como una “práctica de gobernabilidad que permite administrar y adecuar las condiciones de lo urbano a los flujos de las experiencias posmodernas” (Dipaola, 2015: 226).

Esta ciudad que describe el autor como un dispositivo estético y tecnológico a la vez, la denomina *ciudad sampler*. En relación a la idea de posciudad, Dipaola (2015) propone este concepto para referir a “la retransmisión y significación permanente que las ciudades tienen tanto de su patrimonio cultural e histórico y su pasado inmediato como de sus experiencias culturales y sociales más actuales” (Dipaola, 2015: 226). A modo de ejemplo de lo que sería *sampler*, señala la ciudad de Buenos Aires, específicamente el barrio de Palermo, en el que se conjugan turismo extranjero, mercancías globales, circulación y consumo, ferias artesanales, oferta sexual, gastronómica, de indumentaria y diseño, espacios públicos y recreativos y lugares de concentración y compras como shoppings, hipermercados, etc. (Dipaola, 2015: 241). Es decir, por medio del concepto *sampler*, intenta dar cuenta de la flexibilidad del espacio, pues no sólo “ya no es posible definir un centro, sino que además, no pueden precisarse las coordenadas geográficas que delimitan un lugar, barrio o territorio, y todo empieza a definirse según el modo en que los individuos transitan y experimentan o vivencian tales espacios” (Dipaola, 2015: 240).

2. Imágenes

Uno de los autores que ha trabajado profusamente la relación entre el espacio urbano contemporáneo y las imágenes, es el ya citado sociólogo argentino Esteban Dipaola. Pues, dentro de sus estudios sobre los componentes estéticos de las transformaciones espaciales, no sólo se ha centrado en los flujos y trayectorias que las caracterizan, sino también y referido a ello, en el predominio de las imágenes y cómo es que la relación con ellas contribuye también a la generación de un nuevo tipo de lazo social y subjetividad. Si bien vinculado en su mayoría con el estudio del cine argentino, este autor retoma gran parte de los autores vistos anteriormente y propone nuevas interpretaciones de la relación espacio e imagen en la época actual.

Tal como vimos en el punto anterior, este autor identifica los lugares como experiencias de los tránsitos y prácticas en éstos realizados, en lugar de asumirlos según una representación definida en sus límites, fronteras o cartografías fijas (Dipaola, 2013). Sostiene que si los espacios urbanos son comprendidos como relaciones, como experiencias culturales, “se comprende que éstas siempre se encuentran compuestas de afectos, lazos colectivos, emociones, conflictos, etc., y que, precisamente por ello mismo, asisten a una transformación constante de su realidad” (Dipaola, 2013). A su vez, destaca la presencia y relevancia de las imágenes en actualidad, señalando que “la conformación del espacio, de los lugares, tiene también una estricta relación con las imágenes, lo que deriva en una estetización de los lugares y en una estetización de las relaciones y de los cuerpos involucrados” (Dipaola, 2013), y citando a Jameson, agrega que “el espacio social está hoy completamente saturado de imágenes” (Dipaola, 2013). El lugar es una vivencia, y por eso es necesario que sea pensado de acuerdo con las condiciones de su visualidad e imágenes, y en el marco de sus interpretaciones posibles, las cuales pueden articularse con las trayectorias, es decir, con las distintas maneras en que se constituyen a partir de sus recorridos (Dipaola, 2013).

En este contexto de predominio de las imágenes en las sociedades contemporáneas, crea el concepto de “Producción imaginal de lo social” (Dipaola, 2010), que se compone de tres elementos (Dipaola, 2017): por un lado, lo *imaginal*, que refiere a la confluencia, coalescencia o indiscernibilidad entre las imágenes y lo social; es decir, a una serie de prácticas que hacen indistinguible las imágenes de las experiencias sociales. Por otro lado, posee una cualidad

productiva, a partir de la cual argumenta que las imágenes no son una mera proyección sino que producen las visualidades de las que formamos parte. Y finalmente, dicha producción de imágenes implica una producción de lo social, es decir, “se producen las imágenes de nuestra vida en sociedad y, más concretamente, se hace posible un proceso de organización de lo social que ahora es entre imágenes” (Dipaola, 2017: 254).

Con todo esto, el concepto de producción imaginal de lo social no es meramente descriptiva, sino también operativa. Prácticas como el consumo, circuitos de las modas, publicidades y diseños, prácticas y eventos artísticos, gustos y preferencias, vestimentas y objetos portados, redes virtuales y formas de aparición en los vínculos públicos (Dipaola, 2017: 255), se cuentan dentro de esta producción imaginal de lo social. En ese sentido, señala el autor que lo relevante no es producir la imagen de sí mismo, sino que la producción imaginal de toda una socialidad. En sus palabras: “los individuos se relacionan entre imágenes porque esas prácticas y dimensiones mencionadas revelan el modo de intervención en un grupo, al tiempo que expresan el desplazamiento permanente entre distintas producciones imaginales” (Dipaola, 2017: 255).

No obstante, el individuo en la actualidad se gesta como producto, es decir “una identidad que es, al mismo tiempo, objeto de consumo mediante las mercancías que consume y que porta. El lugar de la producción es ahora, el de la producción del propio individuo como identidad que puede y debe ser consumida en las relaciones sociales. En definitiva, la producción del individuo como imagen. Todas las identidades son imágenes que gestan las tramas sociales de circulación y composición de sentidos” (Dipaola, 2010: 4).

De ese modo, en la medida que lo social se produce como imagen y entre imágenes, la definición de imagen no puede limitarse solamente a la idea de registro, y por lo tanto, tampoco meramente a una cuestión representacional, pues se trata de una “experiencia performativa que produce un mundo y en la dimensión precisa de nuestro enfoque. Produce específicamente reglas inmanentes de socialidad” (Dipaola, 2017: 254). Señala que “convivimos *entre* imágenes y nos hacemos *con* las imágenes” (Dipaola, 2010). Ese *entre* que enfatiza el autor lo toma de la idea de intersticio de Deleuze, específicamente en relación al potencial de expansión que presenta el pensamiento cuando surge *en el medio*. Así, en el caso de la producción imaginal de lo social, ésta se basa en el hecho de que nuestra vida y experiencia social y cultural cotidiana se desarrolla “entre imágenes publicitarias, cinematográficas, televisivas, fotográficas, cibernéticas, etc.” (Dipaola,

2010). Asimismo, somos atravesados por “flujos de las modas, los circuitos del ocio y el turismo, la recreación y el espectáculo continuado de los consumos y la circulación indefinida de mercancías” (Dipaola, 2010). Lo imaginal se constituye como una nueva forma de ver, pensar y sentir, toda vez que en las sociedades contemporáneas las imágenes se multiplican y diseminan transfigurando nuestras propias percepciones (Dipaola, 2010). La producción imaginal de lo social no significa reducir la complejidad a la afirmación de que “todo es imagen”, sino que apunta a “comprender e interpretar las maneras que en la cultura global contemporánea todo lo que es social se produce en su devenir *entre* la multiplicidad y diseminación de las imágenes” (Dipaola, 2010).

Afirma que es sobre esas transformaciones que involucran a la subjetividad y sus relaciones que se erige una novedosa composición de lo social mediante imágenes (Dipaola, 2010), y citando a Hans Belting, señala que “las propias interpretaciones de las categorías que representan los vínculos sociales y sus percepciones son ahora dispuestas como imágenes; es decir, atravesamos la historia de las ideas y de los lugares culturales y antropológicos como sucesión de imágenes” (Dipaola, 2010). Para comprender la producción de lo social atendiendo a cómo esa experiencia social y cultural es atravesada por las imágenes y a cómo en esa movilidad intersticial nuevas dinámicas de relación se gestan, necesariamente implica entender e insistir en las formas estéticas de lo social mismo (Dipaola, 2010).

De ese modo, lo que propone el autor es que dicha producción imaginal de lo social constituye en última instancia un “procedimiento de subjetivación de las sociedades contemporáneas” (Dipaola, 2017: 256), en donde lazo social y estética son indiscernibles.

Junto con lo anterior, algunos de los autores vistos en el segundo capítulo también nos aportan elementos para relacionar e interpretar los cambios espaciales en su vínculo con las imágenes, tales como Muñoz (2008) y Soja (2008 [2000]). En cuanto al primero, como recordaremos, propone el concepto de urbanización, a través del cual intenta dar cuenta de un proceso de urbanización a nivel mundial a través del cual se realiza una gestión o domesticación de las diferencias de los lugares de tal manera que sean más fácilmente asimilables.

En este marco, plantea que el modelo de urbanización actual consiste en una “producción de forma urbana globalizada que se concreta en una serie de paisajes comunes orientados no ya a la

apropiación de un lugar sino al consumo de su imagen, independientemente de donde se encuentre el visitante observador” (Muñoz, 2008: 18). En ese sentido, se trata de paisajes *aterritoriales*, es decir, paisajes reducidos únicamente a su imagen, desvinculados de sus características físicas, sociales y culturales.

Vinculado con las prácticas de consumo, el autor tiende a hacer uso de conceptos como reproducción, recreación, simulación y replicabilidad de paisajes a través de sus imágenes. De ahí que el proceso de urbanización lo tienda a asimilar con la instalación de parques temáticos, en la medida que los rasgos más característicos de un lugar pueden ser replicados en cualquier parte por medio del implante de su imagen. De ese modo, los lugares en sí mismos pueden ser considerados *souvenirs*, especialmente si se atiende al hecho que las características o imágenes que se buscan ser simuladas o reproducidas suelen ser las más pintorescas o típicas.

Por su parte, Soja (2008 [2000]) en su conocido libro *Postmetrópolis* también entrega algunos elementos para comprender la relación entre la ciudad y las imágenes. En dicha obra, el autor se propone abordar las transformaciones del espacio urbano desde un marco conceptual que él desarrolla en profundidad en su libro *Thirdspace* (1996), a saber, la de una “dialéctica del espacio urbano”. Así, siguiendo el trabajo de Lefebvre, Soja (2008 [2000]) señala que la producción del espacio urbano puede ser estudiada por lo menos desde tres dimensiones distintas: en primer lugar, como “prácticas espaciales materializadas, que trabajan en forma conjunta para producir y reproducir las formas concretas y los patrones específicos del urbanismo como forma de vida” (Soja, 2008 [2000]: 39). Es decir, se trata de un enfoque materialista, que ha sido predominante en el estudio de la vida urbana. En segundo lugar, y esta es la dimensión que nos compete para este punto en particular, el espacio urbano se vuelve “un campo más mental o ideal, conceptualizado en imágenes, pensamientos reflexivos y representaciones simbólicas, un espacio concebido por la imaginación” (Soja, 2008 [2000]: 39), que él bautiza como “imaginario urbano”. Es decir, se trata de las imágenes, representaciones y reflexiones que hacemos de los espacios, o lo que él llama el “mapa mental” que todos tenemos respecto de un lugar. En ese sentido, si bien el autor hace referencia a las imágenes que cada uno porta, es innegable que las imágenes que circulan o *entre* las que nos movemos contribuyen igualmente a la producción de esos mapas mentales y representaciones que nos hacemos de los lugares. Y finalmente, el tercer espacio que propone Soja, es un cruce entre los dos anteriores, y

lo define como “un espacio enteramente vivido, un lugar simultáneamente real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencia y agencia estructuradas, individuales y colectivas” (Soja, 2008 [2000]: 40).

Junto con esto, Soja (2008 [2000]) en su estudio sobre la postmetrópolis, toma como ejemplo a Los Ángeles y entrega otros elementos respecto de la relación entre ciudad e imagen. En efecto, así como para Simmel la ciudad ícono de estudio se constituyó Berlín, o para la escuela ecológica lo fue Chicago, para Soja Los Ángeles se posiciona como la ciudad que mejor concentra y expresa los procesos y cambios que han modificado los espacios urbanos a nivel mundial en los últimos 30 años. Señala que si bien toda ciudad genera imágenes, tanto internas como externas, “en 1965 Los Ángeles estaba más especializada (aún lo está) en la producción de imágenes y era más propensa a ser entendida a través de las imágenes que ella misma había creado que cualquier otra región urbana” (Soja, 2008 [2000]: 202). Más específicamente, “Los Ángeles era el lugar donde la ingeniería de la imaginación urbana fue inventada, mercantilizada, producida masivamente y proyectada a una escala y alcance mundiales” (Soja, 2008 [2000]: 202). De ese modo, si se atiende al carácter que el autor le otorga a Los Ángeles como la ciudad del siglo XXI por antonomasia, esto se debe en parte por la relación que establece con la producción de imágenes, evidenciándose por tanto, la centralidad de estas últimas en la comprensión de los espacios urbanos en la actualidad.

3. Partición

En las dos primeras páginas del conjunto de ensayos agrupados en el libro “El reparto de lo sensible”, Rancière (2009 [2000]) entrega contundentes definiciones que nos sirven de puntapié para pensar algunas problemáticas del espacio contemporáneo desde –una singular forma de concebir- la estética. Veremos que su aporte teórico, especialmente a través de su concepto reparto de lo sensible, nos permite abordar fenómenos relativos a la distribución de la población en el espacio urbano, en relación a problemas de desigualdad y segregación residencial: fundamentalmente, el trasfondo político (y, por tanto, estético) que se encuentra en el hecho de habitar un lugar en particular. A continuación desarrollaremos sus tesis. Cabe señalar que,

debido a la densidad de sus palabras, en gran parte reproduciremos en extenso las citas para luego comentarlas.

El filósofo francés define el *reparto de lo sensible* como: “ese sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y las partes respectivas” (Rancière, 2009 [2000]: 9). Es decir, para ir analizando cada uno de los elementos de su teoría conviene retener este primer punto, y es que existe un conjunto que comprende un común y partes excluidas. Asimismo, el sistema de evidencias sensibles refiere directamente a la estética.

Por otro lado, señala que “esta repartición de partes y de lugares se funda en un reparto de espacios, de tiempos y de formas de actividad que determina la manera misma en que un común se ofrece a la participación y donde los unos y los otros tienen parte en este reparto” (Rancière, 2009 [2000]: 9). Se observa una primera base consistente en un reparto de tiempos y actividades que es lo que determina el común y su parte excluida. De ese modo, haciendo referencia a la definición que entrega Aristóteles de ciudadano, a saber: “aquel que tiene parte”, Rancière señala que previo a ese *tener parte* existe una instancia que determina a los que pueden tener ese parte. Es decir, existe una forma de reparto que precede a la calidad de ser ciudadano. En sus palabras: “el reparto de lo sensible hace ver quién puede tener parte en lo común en función de lo que hace, del tiempo y el espacio en los cuales esta actividad se ejerce. Tener tal o cual ‘ocupación’ define competencias o incompetencias respecto a lo común. Eso define el hecho de ser o no visible en un espacio común, dotado de una palabra común, etc. Hay entonces, en la base de la política una ‘estética’ que no tiene nada que ver con esta ‘estetización de la política’” (Rancière, 2009 [2000]: 9-10). De acuerdo a lo anterior, es posible señalar que existe un conjunto de condiciones a priori que determinan la experiencia social, y que es lo que en última instancia sustenta la política.

La estética la define como “el sistema de formas a priori que determinan lo que se da a sentir. Es un recorte de tiempos y de espacios, de lo visible y de lo invisible, de la palabra y del ruido que define a la vez el lugar y la problemática de la política como forma de experiencia” (Rancière, 2009 [2000]: 10). En tanto, la política “trata de lo que vemos y de lo que podemos decir al respecto, sobre quién tiene la competencia para ver y la cualidad para decir, sobre las propiedades de los espacios y los posibles del tiempo” (Rancière, 2009 [2000]: 10). Es decir,

antes de la experiencia de hablar, existe una repartición que determina previamente lo que es palabra y lo que es ruido. En ese sentido, si bien Aristóteles define al ciudadano como aquel que tiene parte, previo a ello opera un sistema que permite a algunos tener parte y a otros no.

Ahora bien, ¿de qué manera se determina ese reparto? Antes de escribir el Reparto de lo sensible, Rancière (1996 [1995]) había publicado un libro titulado El desacuerdo, en el cual desarrolla en profundidad los modos como entiende la política y, otro concepto central en su teoría, la policía. Lo que resulta interesante es que la una no es posible de entender sin la otra, y las definiciones que entrega de cada una no se relacionan en absoluto con las formas comunes de comprenderlas. Conviene comenzar por la definición de policía. Al respecto, es enfático al señalar que el modo como usualmente se entiende la policía no se relaciona con la definición que él elabora, pues en efecto, afirma que “la policía es, en su esencia, la ley, generalmente implícita, que define la parte o la ausencia de parte de las partes” (Rancière, 1996 [1995]: 45).

Más específicamente, la policía es “un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos del ser y los modos del decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a tal lugar y a tal tarea; es un orden de lo visible y lo decible que hace que tal actividad sea visible y que tal otra no lo sea, que tal palabra sea entendida como perteneciente al discurso y tal otra al ruido” (Rancière, 1996 [1995]: 45). Agrega el autor que la policía no es tanto “un ‘disciplinamiento’ de los cuerpos como una regla de su aparecer, una configuración de las ocupaciones y las propiedades de los espacios donde esas ocupaciones se distribuyen” (Rancière, 1996 [1995]: 45).

Es decir, el autor define como policía aquello con lo cual se tiende a entender la política. En efecto, señala que “generalmente se denomina política al conjunto de los procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los poderes, la distribución de los lugares y funciones y los sistemas de legitimación de esta distribución” (Rancière, 1996 [1995]: 43), en cambio, él lo denomina policía.

Ahora bien, la política la define como una actividad totalmente distinta y antagónica a la policía. En efecto, la política es la que rompe el orden establecido, “rompe la configuración sensible donde se definen las partes y sus partes o su ausencia por un supuesto que por definición no tiene lugar en ella: la de una parte que no tiene parte. Esta ruptura se manifiesta por una serie de actos

que vuelven a representar el espacio donde se definían las partes, sus partes y las ausencias de partes. La actividad política desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto; hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar; hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (Rancière, 1996 [1995]: 45).

Las citas que acabamos de reproducir son claves para comprender el modo cómo se determina el reparto de lo sensible. Pues, en efecto, al señalar que la policía es una ley, por lo general implícita, que define la parte o la ausencia de las partes, está haciendo referencia a un reparto, a una distribución. En ese sentido, la policía se constituye como una forma de reparto de lo sensible (Roca, 2012). Se trata de la distribución de legitimidades, quiénes están capacitados para tal o cual cosa; asimismo, a quiénes les está concedido ser visibles y ser escuchados. En ese sentido, considerando la exclusión de por sí que significa ser pobre, el autor señala que una verdadera acción política es el hacer visible y escuchable a aquellos que no tienen parte, que históricamente han sido los pobres. Sin embargo, cabe señalar que no se trata solamente de una mera aparición fugaz, sino de la institución de una parte de los que no tienen parte. En sus palabras: “Hay política cuando hay una parte de los que no tienen parte, una parte o un partido de los pobres. No hay política simplemente porque los pobres se opongan a los ricos. Antes bien, hay que decir sin duda que es la política –esto es, la interrupción de los meros efectos de la dominación de los ricos- la que hace existir a los pobres como entidad. [...]. La política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte. Esta institución es el todo de la política como forma específica de vínculo. La misma define lo común de la comunidad como comunidad política, es decir dividida, fundada sobre una distorsión que escapa a la aritmética de los intercambios y las reparaciones. Al margen de esta institución, no hay política. No hay más que el orden de la dominación o el desorden de la revuelta” (Rancière, 1996 [1995]: 26).

Define a los pobres como “la distorsión o la torsión constitutivas de la política como tal. El partido de los pobres no encarna otra cosa que la política misma como institución de una parte de los que no tienen parte. Simétricamente, el partido de los ricos no encarna otra cosa que la antipolítica” (Rancière, 1996 [1995]: 26). En la política está en juego el logos mismo, la capacidad del logos no sólo en términos de la comprensión, pues en el caso de los esclavos,

ejemplifica el autor, ellos pueden comprender, sin embargo, no tienen la *posesión* del mismo. Pueden comprender una orden, pero no tienen mayor capacidad por fuera de la comprensión y, por cierto, ejecución de la orden. Esta situación lo lleva a afirmar que actualmente, en cualquier caso de gobierno, no hay política, no hay parte de los que no tienen parte, sino que sólo hay partes de las que hay que hacer interlocutores. “La guerra de los pobres y los ricos es así la guerra por la existencia misma de la política. El litigio sobre la cuenta de los pobres como pueblo, y del pueblo como comunidad, es el litigio sobre la existencia de la política por el cual hay política. La política es la esfera de actividad de un común que no puede sino ser litigioso, la relación entre partes que no son partidos y entre títulos cuya suma nunca es igual al todo” (Rancière, 1996 [1995]: 29).

Recapitulando hasta acá, el reparto de lo sensible hace referencia a un lugar común en el que se reparten modos del ser, del hacer, del decir y del aparecer (ser visible o no). El orden policial es el que define quiénes tienen parte en este común de acuerdo a sus propiedades o evidencias, tales como “su nombre o la ausencia de nombre, el carácter ‘lógico o ‘fónico’ de los sonidos que salen de su boca” (Rancière, 1996 [1995]: 42). Es decir, a cada uno se le da parte de acuerdo a la evidencia de lo que es. “Así pues, por un lado está la lógica que cuenta las partes de las meras partes, que distribuye los cuerpos en el espacio de su visibilidad o su invisibilidad y pone en concordancia los modos del ser, los modos del hacer y los modos del decir que convienen a cada uno. Y está la otra lógica, la que suspende esta armonía por el simple hecho de actualizar la contingencia de la igualdad, ni aritmética ni geométrica, de unos seres parlantes cualquiera” (Rancière, 1996 [1995]: 42-43).

En ese sentido, señala el autor que no hay política gracias a la puesta en común de los intereses por medio de la palabra, sino porque “quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre éstos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo: el mundo en que son y aquel en que no son, el mundo donde hay algo ‘entre’ ellos y quienes no los conocen como seres parlantes y contabilizables y el mundo donde no hay nada” (Rancière, 1996 [1995]: 41-42).

Ahora bien, ¿de qué manera todo este cuerpo teórico nos puede contribuir a la interpretación de problemas del espacio urbano en la actualidad desde una dimensión estética? Fundamentalmente,

consideramos que la novedosa y singular forma de definir la tríada política-policía-estética nos permite abordar problemáticas asociadas a la distribución de la población en el espacio, especialmente en relación a fenómenos de desigualdad espacial tales como segregación y gentrificación. Esto, ya que es siempre la misma población la que se ve afectada. No es difícil deducirlo: la población pobre. Y al interior de ella, se pueden agregar otros factores de exclusión, como ser inmigrante, ser joven, ser mujer, ser indígena, etc. Es decir, cualquiera de estas características por sí sola puede generar un nivel de exclusión; sin embargo, la variable pobreza se vuelve determinante.

De ese modo, cuando en el segundo capítulo definimos segregación como la aglomeración en el espacio de familias según variables como la etnia, el origen migratorio, tramo etario o nivel socioeconómico (Sabatini, 2006) o como “espacios de fuerte homogeneidad interna cuyos atributos son la pobreza y la exclusión” (Aymerich, 2004:118), es posible de interpretarla en términos de los *sin parte* o los *incontados* toda vez que quienes tienden a sufrir problemas de segregación es la población pobre. Es posible afirmar que a esas personas se les ha asignado un rol consistente en la comprensión del logotipo pero no la posesión del mismo. De igual forma, se puede señalar que esta población tiene asignados ciertos lugares para habitar y transitar, pero sobre todo para habitar, los que tienden a estar alejados de la población con más recursos. En una ciudad como Santiago, por ejemplo, que presenta un alto grado de segregación residencial, es claro cómo los grupos de menor estrato socioeconómico tienden a concentrarse en la zona sur, evidenciándose un grosero *reparto de los espacios* que proviene del reparto de lo sensible que define el autor.

Junto con ello, el fenómeno contemporáneo denominado gentrificación, consistente en “la recuperación de los centros históricos antiguos por las clases medias y altas acompañado de la evicción de los habitantes pobres del centro de la ciudad a la periferia” (Aymerich, 2004: 21), puede interpretarse también en relación a la política, la policía y la estética de Rancière. Pues en efecto, tal como sucede con la segregación, por medio de la gentrificación también se evidencia una *policía del espacio*, si es posible llamarlo así, en la medida que se hace presente esa ley implícita que define los lugares hacia los cuales debe ser desplazada la población pobre.

De igual forma, y en relación a lo anterior, los fenómenos en el espacio urbano resultantes de procesos de inmigración, tienden a darse en contextos de alta segregación, además de

condiciones de hacinamiento en muchos casos. Se trata de población migrante de bajos recursos que accede a condiciones habitacionales similares a los sectores más pobres del país que los recibe. En este caso, las *evidencias* que portan los inmigrantes los hacen someterse a las normas espaciales establecidas y a sumar dentro del conjunto que suma cero para el orden institucional. Es decir, dentro del reparto de lo sensible, los inmigrantes pobres pasan a formar parte de aquellos que no tienen parte.

Por tanto, considerando lo anterior, es posible proponer algunos elementos para una interpretación de los cambios espaciales desde una dimensión estética y, en este caso también, política. Por un lado, los problemas habitacionales asociados a segregación residencial, gentrificación, hacinamiento, exclusión espacial, entre otros, no sólo son posibles de analizar desde disciplinas como la geografía social, sino que también comprenden elementos susceptibles de ser interpretados desde una teoría estética. Así, en primer lugar cabe identificar qué características tiende a compartir la población que sufre esos problemas: tal como se ha señalado, una de las variables que agrupa a esas personas es la pobreza o falta de recursos. Es decir, los sin parte de los que habla Rancière, bien podrían ser reconocidos en una ciudad identificando en primera instancia los lugares en los cuales tiende a ser desplazada la población más pobre. Considerando que en la mayoría de las ciudades existen problemas de exclusión espacial y formaciones de periferias y asentamientos ilegales, no resulta despreciable considerar como una variable de identificación de los incontados el lugar donde viven.

Es decir, esa parte excluida de la que habla Rancière en gran medida se concentra en ciertos lugares específicos de una ciudad. Como se señaló anteriormente, más que un disciplinamiento de los cuerpos, la policía es “una regla de su aparecer, una configuración de las ocupaciones y las propiedades de los espacios donde esas ocupaciones se distribuyen” (Rancière, 1996 [1995]: 45). Es decir, en este caso, el reparto de lo sensible, se expresa en modos de ser, de hacer, de decir y de aparecer similares entre las personas que comparten una misma zona habitacional, y es por medio de ese reparto que se produce una exclusión e invisibilidad.

Conclusiones

En la presente memoria realizamos un recorrido por las características de la época contemporánea que se comienza a perfilar en las últimas décadas del siglo pasado y su correlación con las transformaciones en el espacio urbano para identificar que en dicha correspondencia es posible distinguir la presencia de componentes estéticos que nos permiten ampliar la comprensión de problemas y fenómenos que refieren al espacio urbano en la actualidad. Más específicamente, revisamos el proceso de conceptualización y teorización sobre los cambios espaciales en la posmodernidad y los puntos de encuentro con perspectivas teóricas contemporáneas en el ámbito de la estética poco convencionales respecto de cómo se define comúnmente esta última. Por medio del estudio de los autores y conceptos aquí desarrollados intentamos avanzar hacia una interpretación interdisciplinaria de los problemas asociados a las ciudades y el espacio urbano en general, más allá de los límites convencionales de la sociología.

Observamos que a ciertos rasgos de la época contemporánea les es posible asignar un conjunto de problemáticas espaciales, y éstos a su vez, son susceptibles de analizar bajo conceptos de tipo estético. Si bien las categorías no son excluyentes unas de otras, podemos afirmar que en lo que corresponde a procesos mundiales como la globalización y la interdependencia, resulta característico concebir el espacio fundamentalmente como un flujo, prestando especial atención a la mayor facilidad y acceso que existe en la actualidad para trasladarse de un lugar a otro, lo cual es posible analizarlo desde el concepto de radicancia. Asimismo, en torno al avance de las tecnologías de la información y las comunicaciones y la sociedad reticular, se ha producido una mayor homogeneización de los espacios y consumo de imágenes, especialmente debido a fenómenos como el mayor acceso a Internet, lo que resulta altamente apropiado interpretar desde el concepto de producción imaginal de lo social. Junto con eso, atendiendo al paso de un capitalismo industrial a uno financiero, y el proceso de acumulación flexible, se han producido en el último tiempo nuevas problemáticas espaciales o con mayor intensidad como es el caso del extractivismo urbano, la gentrificación y la segregación, las que son posibles de analizar desde el concepto de reparto de lo sensible.

Así, en el caso de fenómenos como la migración y los tránsitos y recorridos que realizamos por los lugares tanto nuevos como conocidos, éstos son posibles de interpretar desde los conceptos

de radicante y semionauta. Como veíamos, una manera de caracterizar al sujeto del siglo XXI sería a través de estas categorías, en donde en la experiencia misma de traslado o radicancia opera un ejercicio estético de interpretación o traducción de signos: a medida que recorremos un espacio vamos traduciendo o adaptando el sentido de lo que vemos a nuestros propios códigos. Esta acción se enmarca también en términos de lo que implica la expresión de un lugar, a diferencia de la representación. Es decir, las referencias cartográficas de una ciudad no son comparables con las apreciaciones propias que realizamos a través del recorrido y de la experiencia misma de conocerlo. De ese modo, mudarse a un nuevo país o ciudad se constituye en un principio como un hecho estético por el acto mismo de traslado o tránsito, y posteriormente, porque al habitar ese nuevo lugar producimos constantemente el gesto de traducir.

Estrechamente vinculado a los procesos de globalización, se encuentra el avance de las tecnologías de la información y la comunicación y nuevos medios de transporte, los que combinados con un mercado de consumo, dan como resultado una modificación no sólo en el modo de concebir los lugares y la experiencia de recorrerlos, sino que también a los lugares mismos. Es así como podemos hablar de una mayor homogeneización de los espacios a nivel mundial, y un consumo de su imagen, en donde el concepto de producción imaginal de lo social nos permite introducirnos en el problema y darle una lectura estética. A partir de esta categoría, podemos abordar la convivencia extrema que experimentamos en la actualidad con las imágenes en el espacio, tanto que nuestras relaciones y lazos sociales los establecemos entre ellas. Se trata de una doble relación con las imágenes, pues no sólo refiere al contacto diario que establecemos con carteles, pantallas publicitarias, redes sociales y aplicaciones, sino que también al consumo de la imagen que el mismo lugar representa o intenta proyectar, como es posible de comprender a través del concepto de urbanización.

En lo que corresponde al paso de un capitalismo industrial a uno financiero y el proceso de acumulación flexible, si bien evidentemente este modelo económico tiñe gran parte de las transformaciones del espacio urbano contemporáneo, es posible asignarle principalmente problemáticas vinculadas al valor del suelo, y la distribución de la población en las ciudades a causa de este último, en donde el concepto de reparto de lo sensible contribuye de una manera novedosa a su comprensión. Como vimos, especialmente en lo que refiere a problemas como

extractivismo urbano, segregación y gentrificación, es posible hablar de un reparto (desigual) de los espacios, toda vez que el valor del suelo va a estar condicionado en gran medida por las evidencias sensibles de quienes los habitan. Así, parece natural asumir que los barrios en donde se concentra la población con mayores recursos, el valor del suelo sea más elevado. Sin embargo, quizás uno de los ejemplos más claro de cómo es que las características de las personas que habitan un lugar influyen en el precio de los inmuebles y el costo de vida en general, es la gentrificación. Ya veíamos que, aun cuando no siempre exista expulsión o desplazamiento forzoso de sus habitantes originarios, el hecho de que grupos más acomodados pueblen una zona popular contribuye inevitablemente al aumento del valor del suelo, evidenciando que son los atributos de la población y el nivel de legitimidad que ésta presenta los factores que inciden en la distribución espacial de la población urbana. Es posible observar un orden policial detrás de la distribución de la población en una ciudad, el que determina y diferencia entre quienes habitan una zona y quienes únicamente la transitan.

A partir de esta memoria de carácter teórica, es posible abrir nuevas líneas de investigación empírica en torno a los estudios urbanos contemporáneos. Debido a la alta coyuntura que presentan estos fenómenos que definimos como trayectorias, imágenes y partición, en función de su correlato con procesos socioeconómicos y culturales mundiales, consideramos que resulta indispensable abordar de alguna u otra manera estas líneas teóricas. Así, problemáticas como el precio del suelo, la movilidad urbana, los flujos migratorios, la concentración territorial, la ciudad del consumo, la exclusión y la segregación socioespacial encuentran en esta propuesta de ejes conceptuales un marco para ampliar su comprensión e interpretación hacia una perspectiva estética que, como vimos, va más allá de las definiciones convencionales y ensaya a su vez una aproximación a sus componentes más sociales y políticos.

Bibliografía

- Ascher, F. (2007 [2001]). *Los nuevos principios del urbanismo*. España: Alianza Editorial.
- Augé, M. (2000 [1992]). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Aymerich, J. (2004). “Segregación urbana y políticas públicas con especial referencia a América Latina”. *Revista de Sociología*, N°18, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, pp. 117-130.
- Bachelard, G. (2000 [1957]). *La poética del espacio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Baudelaire, C. (1863 [2005]). “El pintor de la vida moderna”, en: *Salones y otros escritos sobre arte*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Bauman, Z. (2004 [2000]). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2002 [1986]). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. España: Paidós.
- Berman, M. (1989 [1982]). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Bourriaud, N. (2009). *Radicante*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Castells, M. (2000 [1996]). *La era de la información*. Madrid: Alianza Editorial.
- _ (1985 [1974]). *La cuestión urbana*. España: Siglo XXI editores.
- CLACSO (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: CLACSO.
- De Certeau, M. (2000 [1990]). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Mattos, C. (2010). “Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado”. *Revista de Geografía Norte Grande*, 47: 81-104 (2010).

_ (2007). “Globalización, negocios inmobiliarios y transformación urbana”. *Nueva Sociedad*, N° 212, noviembre-diciembre de 2007, ISSN: 0251-3552.

De Simone, R. (2015). *Metamall: espacio urbano y consumo en la ciudad neoliberal chilena*. Santiago: RIL editores - Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC.

Dipaola, E. (2017). “Lazo social y globalización: las sociedades imaginables y un abordaje metodológico para su estudio”. *Athenea Digital*, No17(1): 249-267 (marzo 2017).

_ (2015). “Posciudades: transformaciones de las experiencias y estéticas de lo urbano desde la posmodernidad”. *Poliantea*, 11(20).pp.225-247.

_ (2013). “El lugar como dispositivo estético: flujos, pasajes y recorridos de la experiencia urbana”. *Soc. e Cult.*, Goiânia, v. 16, n. 1, p. 27-35, jan./jun. 2013.

_ (2010). “La producción imaginal de lo social”. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Di Virgilio, M. (2017). “Impacto de la gentrificación y la expoliación urbana desde una perspectiva de género”. En: Vásquez, A. (2017). *Extractivismo urbano: debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo; Ceapi; El Colectivo.

Eagleton, T. (1997 [1996]), *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.

Foucault, M. (1984 [1967]). *De los espacios otros*. En línea: http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucault_de-los-espacios-otros.pdf

García-Domenéch, S. (2013). “Percepción social y estética del espacio público urbano en la sociedad contemporánea”. *Arte, Individuo y Sociedad*, 2013, 26 (1), 29-47.

Giddens, A. (1994 [1990]). *Consecuencias de la modernidad*. España: Alianza Editorial.

_ (1982). “Hermenéutica y teoría social”, en: *Profiles and Critiques in Social Theory*. University of California Press.

Granero, G. (2017). “Extractivismo Urbano: aportes desde el Derecho a la Ciudad”. En: Vásquez, A. (2017). *Extractivismo urbano: debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo; Ceapi; El Colectivo.

Habermas, J. (2008 [1983]). “La modernidad, un proyecto incompleto”, en: Foster, H. edit (2008 [1983]), *La posmodernidad*. Barcelona: Editorial Kairós.

Harvey, D. (2004). “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión”, en *Socialist register*, 2004.

_ (1998 [1990]), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Argentina: Amorrortu editores.

_ (1977 [1973]). *Urbanismo y desigualdad*. España: Siglo XXI.

Hernández, R., Fernández, C., Baptista, M. (2010 [1991]). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

Jabareen, Y. (2009). “Building a Conceptual Framework: Philosophy, Definitions, and Procedure”. *International Journal of Qualitative Methods*, 2009, 8(4).

Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. España: Paidós Studio.

Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing.

Lipovetsky, G. (2000 [1983]). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

López-Morales, E. (2013). “Gentrificación en Chile: aportes conceptuales y evidencias para una discusión necesaria”. *Revista de geografía Norte Grande*, N°56, diciembre 2013, Chile.

Lyotard, J. (1987 [1979]). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Mariñelarena, P. (2015). *Estética urbana. Memoria, arte y significados*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Bellas Artes – Universidad de La Plata.

Márquez, F. (2012). *Ciudades de Georg Simmel. Lecturas contemporáneas*. Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Martínez, E. (1999). “Introducción”, en: Park, E. (1999 [1925]). *La ciudad*. España: Ediciones del Serbal.

Massey, D. y Nancy Denton, (1988). “The dimensions of residential segregation”. *Social Forces*, Vol. 67, No. 2 (Dic., 1988), pp. 281-315.

Merleau-Ponty, M. (1994 [1945]). *Fenomenología de la percepción*. España: Planeta-Agostini.

Mongin, O. (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.

Muñoz, F. (2008). *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*. En línea: <http://rsalas.webs.ull.es/rsalas/materiales/at%20Mu%C3%B1oz,%20F.%20Urbanizaci%C3%B3n.pdf>

Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.) (2015). *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*. España: Traficantes de sueños.

OEA/OCDE (2017). *Migración internacional en las Américas. Cuarto Informe del Sistema Continuo de Reportes sobre Migración Internacional en las Américas (SICREMI)*. Washington D.C.: OEA.

ONU-Habitat (2012). *Estado de las ciudades de América Latina y el Caribe 2012. Rumbo a una nueva transición urbana*. Brasil: Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, ONU-Habitat.

Park, E. (1999 [1915]). *La ciudad*. España: Ediciones del Serbal.

Portillo, L. (2014). “Extractivismo clásico y neoextractivismo, ¿dos tipos de extractivismos diferentes?” *Tendencias*, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Nariño Vol. XV. No. 2 – 2do. Semestre 2014, Julio-Diciembre – Páginas 11-29.

Rancière, J. (2011 [2004]). *El destino de las imágenes*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

_ (2009 [2000]). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago de Chile: LOM ediciones.

_ (1996 [1995]). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Roca, L. (2012). “Jacques Rancière: estética y política”. *Rebelión*. En línea: <http://www.rebelion.org/noticias/2012/4/148443.pdf>

Sabatini, F. (2006). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Banco Interamericano de Desarrollo.

Sabatini, F., Sarella, M. y Héctor Vásquez (2009). “Gentrificación sin expulsión, o la ciudad latinoamericana en una encrucijada histórica”. *Revista 180*, No 24, Universidad Diego Portales.

Sarlo, B. (2006). “El centro comercial”. *La jirafa con tacones*. Revista de comunicación. N°11 año II, mayo-junio 2006. Argentina.

Sassen, S. (2011 [1995]). “La ciudad global. Una introducción al concepto y su historia”. *Brown Journal of World Affairs*, vol. 11 (2): 27-43.

Schuster, F. L. (2001). “Verstehen”, en: *El oficio del investigador*. Homo Sapiens. Rosario.

Simmel, G. (2005 [1903]). “La metrópolis y la vida mental”. *Bifurcaciones*, N°4, 2005.

Soja, E. (2008 [2000]). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.

Touraine, A. (1994 [1992]). *Crítica de la modernidad*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Vásquez, A. (comp.) (2017). *Extractivismo urbano: debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo; Ceapi; El Colectivo.

Viale, E. (2017). “El extractivismo urbano”. En: Vásquez, A. (2017). *Extractivismo urbano: debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo; Ceapi; El Colectivo.